

Departament de Psicologia de la Salut i de Psicologia Social
Universitat Autònoma de Barcelona

“Aproximación a una teoría de la afectividad”

Tesis Doctoral realizada por Adriana Gil Juárez

Dirigida por el Dr. Tomás Ibáñez Gracia.

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques



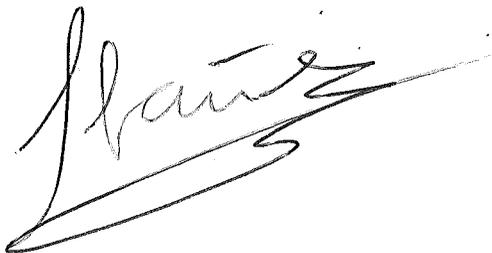
1500459803

Departament de Psicologia de la Salut i de Psicologia Social
Universitat Autònoma de Barcelona

“Aproximación a una teoría de la afectividad”

Tesis Doctoral realizada por Adriana Gil Juárez

Dirigida por el Dr. Tomás Ibáñez Gracia.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Ibáñez', with a long, sweeping underline that extends to the right.

Agradecimientos varios,

No tengo palabras que puedan expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que han hecho posible este trabajo de alguna u otra manera. No obstante tomaré prestadas algunas:

A Joel Feliu i Samuel-Lajeunesse con todo mi amor, porque me perdona cuando aún me equivoco al escribir su apellido y porque sin él la Construcción de este Texto hubiera sido literalmente imposible o carente de sentido.

A María de mi corazón que aunque no estoy segura que ya sea una persona, promete muchas emociones fuertes.

A Françoise y Eduard con mucho cariño y con mucho respeto, por su constante apoyo, por los libros, las referencias y los recortes de periódico, por sus comentarios y su atención a mis disertaciones domingueras sobre las emociones.

A Gina Cubeles por ser la mejor Padrina que uno pueda desear además de la mejor amiga y por su manera de ejercer la afectividad.

A Ana Garay por su derroche de ternura, por tantas emociones intensas, por su amable hospitalidad intelectual y por tantos y tantos momentos.

A Luzma la más dulce, por haberme acogido calurosamente en su cuadrilla. Por todos los debates en el doctorado y por todos los canguros.

A Juan y María José por todo lo que ellos ya saben y porque son increíblemente estupendos.

A Pedro y Pablo que a pesar de no apellidarse Picapiedra y Mármol, hace ya diez prehistóricos años me enseñaron muchas cosas, el uno a investigar y el otro a escribir, aunque no está claro que yo haya aprendido, y por TODOS los libros que me prestaron.

A Tomás Ibáñez por haberme provocado hace ya siete años con ese seminario en la Universidad Autónoma Metropolitana de México, iniciándome en la apasionante aventura de la Psicología Social Construccionalista, y por haber leído todo lo que yo he escrito, pero más por haber escrito todo lo que yo quería leer.

A Lupi, por la revisión y todos sus consejos, y por hacer de todos estos años de mi estancia aquí un espacio estimulante, creativo y fresco, por todo lo que me ha enseñado sin darse cuenta y por todos los sentimientos que encontré en los rincones de Anguiano.

Al Vázquez que a pesar de no apreciar los Chiles en Nogada, me ha brindado su tiempo, dedicación y sus valiosos comentarios en la revisión de este trabajo. Pero también por las charlas de regreso a Barcelona en los 'ferrocatas'.

A Margot por la revisión del manuscrito, pero sobre todo por su generoso recibimiento y por presentarme delicadamente a Barcelona. Entre paréntesis también por los exquisitos panellets de su mamá.

A Francisco por tener tan buenas referencias.

Y como me dejo muchos contribuyentes en el tintero, quiero agradecer finalmente a ese ente fluido, borroso, dinámico, cambiante y admirable que es LAREA por toda la energía, vitalidad y arrebatos varios, de esta construcción tan entrañable.

UTOPIA

*La isla donde todo tiene explicación.
Aquí se alegan pruebas irrefutables.
Sólo hay vías de acceso.
Los matorrales ceden bajo el peso de las respuestas.
Crece aquí el árbol de la Hipótesis Válida
con sus desde siempre desenmarañadas ramas.
Junto al manantial de Así Son las Cosas
se eleva luminoso el árbol de la Comprensión.
Cuanto más te adentras en el bosque, más vasto se abre
el Valle de la Evidencia.
Si alguna duda subsiste, la disipa el viento.
El eco toma la palabra sin ser llamado
y solícito descifra los arcanos de los mundos.
A la derecha, una gruta donde yace el Significado.
A la izquierda, el lago de las Convicciones Profundas.
Del fondo emerge, ingravida, a la superficie la Verdad.
La Seguridad Inquebrantable domina el valle.
Desde su cima se contempla la Esencia de las Cosas.
Pese a tanto deleite, la isla está siempre desierta
y las huellas de pasos que surcan la orilla
se dirigen sin excepción al mar.
Como si lo propio del lugar fuera partir
y para no volver sumergirse en la vorágine.
En la vida inconcebible.*

Wyslawa Szymborska

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
Ceci n'est pas une pipe.....	11
Ce qu'il y a dans la pipe.....	19
Le bois de la pipe	23
PRIMERA PARTE. DE PASIONES, EMOCIONES Y SENTIMIENTOS.	35
<i>Capítulo I. El estado actual de la afectividad</i>	37
La expulsión de lo social.....	39
La despolitización de la afectividad	43
El desapasionamiento.....	48
Emociones culturales	51
En conclusión.....	53
<i>Capítulo II. Sentimientos a, ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, salvo, según, sin, sobre, tras emociones</i>	55
Algunas indistinciones clásicas	58
Escuelas de emoción	63
Un juego de lenguaje.....	67
<i>Capítulo III. Una historia de pasión</i>	73
SEGUNDA PARTE. LAS EMOCIONES COMO EXPRESIÓN DE LO SOCIAL: EL USO POLÍTICO DE LOS AFECTOS.	85
EMOCIONES COMO DISPOSITIVO DE CONTROL SOCIAL	87
<i>Capítulo IV. Consideraciones sobre los discursos cotidianos de las emociones y sus efectos políticos</i>	89
La paradoja del discurso sobre la emoción.....	91
El consumo como emoción	98
Más discurso sobre las emociones. (O todo lo que Lupton dijo y usted no pidió saber).....	101
<i>Capítulo V. Emociones y afectos actuales como constructores del self: El ejemplo del género</i>	119
<i>Capítulo VI Emociones y afectos actuales como constructores del self: El ejemplo del cuerpo</i>	139
ANCLAJES Y EFECTOS DE LA AFECTIVIDAD.....	157
<i>Capítulo VII. La memoria colectiva: Constructora y reconstructora de afectos varios</i>	159
Recordarse a sí mismo.....	162
Versiones emocionales	171
<i>Capítulo VIII. El lenguaje como naturalizador de pasiones y emociones</i>	179
<i>Capítulo IX. Afectividades no deseadas y emociones poco apropiadas</i>	197
TERCERA PARTE. A MANERA DE CONCLUSIÓN: PSICOSOCIOLOGÍA EMOCIONAL	213
<i>Capítulo X. La afectividad vista por la psicología social</i>	215
<i>Capítulo XI. Elementos para una nueva teoría de la afectividad</i>	229
<i>Capítulo XII. Mínima metodológica para el estudio de la afectividad</i>	241
<i>Capítulo XIII. Un punto de vista afectivo para la Psicología Social Crítica</i>	251
Transformar las emociones.....	253
Emoción y sujeción	256
La política de la emoción	260
BIBLIOGRAFÍA	263

Introducción

Ceci n'est pas une pipe

Las emociones no existen. Debido a esta pequeña "boutade" la tesis que tiene usted en sus manos se autodestruirá en cualquier momento entre ahora y el fin de milenio. Siguiendo en la misma línea, estilo, dogmas y declaraciones de principios, puesto que efectivamente esto es el principio, puedo también afirmar que esto no es una tesis, parafraseando la famosa imagen-texto-cuadro de Magritte posteriormente comentada por el inestimable Michel Foucault (1973). Supongo que nadie en su sano juicio se atrevería a negar que, al menos a primera vista, esto sea una tesis doctoral puesto que lo dice en la primera página, y ya sabemos que las palabras hacen cosas (Austin, 1962), y más en tiempos de construccionismo social¹. Pero que lo diga no es suficiente, claro que no, requiere también una serie de actos de habla y de prácticas sociales que lo apoyen; por ejemplo, que un director de tesis reconocido institucionalmente diga que lo es, permitiendo su pública presentación y estampando a modo de firma del censor eclesiástico, su

¹ No quisiera avanzar una definición del construccionismo a mi usanza, pues prefiero que se vaya definiendo a lo largo de la tesis. De todas formas debo aclarar que mi construccionismo es básicamente relativista, inspirado en Gergen, 1973, 1985, 1986, 1994, Ibáñez, 1994, 1994b, Potter, 1996. Y aunque no forma parte de la teoría de la acción (Harré, 1979,) la respeto por no haber perdido nunca de vista las emociones.

firma en la primera página. Aunque la voz de la autoridad tampoco es suficiente, la persona que la presenta debe haber realizado unos cursos y obtenido sus correspondientes créditos, el director del departamento tiene que firmar también una hoja, la escuela de doctorado debe considerar el encuadernado adecuado, el gobierno debe reconocer todo el procedimiento, incluso a la misma institución, etc. Pero, con etcétera incluido ¿es esto todo? No, de hecho esto no será una tesis doctoral hasta que finalmente el tribunal la reconozca como tal. Para ello, un tribunal como dios manda, debería considerar varios aspectos, por ejemplo si en la tesis se demuestra un dominio suficiente del tema en cuestión, a través de una revisión de la literatura pertinente, si los planteamientos son coherentes y razonables, si la metodología es adecuada, si se aporta conocimiento alguno al saber general, si es un trabajo original, etc. Y pongo etcétera otra vez porque no quisiera anticipar los criterios que sé que el tribunal tendrá a bien establecer de acuerdo con sus propias convicciones sobre lo académico, forjadas lentamente a través de los años de práctica. Ahora bien, por lo que tiene que ver con los que me imagino, por ser de uso habitual, ya puedo avanzar que esto no es una tesis doctoral.

En primer lugar porque en modo alguno se encuentra en ella una revisión de la literatura sobre emociones, y no porque la haya hecho y, siendo considerada como soy, no quiera aburrir al tribunal y a otros tantos lectores que pueda llegar a tener esta tesis, sino porque no la he hecho. Voy a ser sincera, no sé si demasiado, pero la erudición nunca ha sido lo mío. Por eso puede que haya sobredimensionado su valor, porque tengo

muy claro que una revisión debería ocupar enteramente esta tesis doctoral. Pero también hay otra razón, menos experiencial y más en el nivel de los argumentos: considero que una revisión no puede ni debe hacerse, en una investigación, en primer lugar. Eso modifica un poco los presupuestos habituales, normalmente se considera que una revisión antecede al trabajo de investigación. A través de ella esperamos encontrar cuál es el punto actual en el que se encuentran las investigaciones, qué grado de conocimiento se posee sobre un determinado tema..., y con ello esperamos seguir adelante en la exploración del universo. A estas alturas cometería un error imperdonable de sociología del conocimiento científico nivel I si no identificara rápidamente en esta demanda una concepción acumulativa del conocimiento. Ya sabemos de sobras que no lo es (Latour y Woolgar, 1979, Woolgar, 1991, Olivé, 1985). Eso no quiere decir que no debamos ni podamos hacer revisiones, sólo faltaría, con lo que nos gusta leer, pero sí que la tarea de revisión debe enfocarse probablemente no como el antecedente o el principio de toda investigación, sino como el consecuente, algo que una vez desarrollada la investigación, o quizás a la mitad, depende de cuándo surja el punto de vista, puede hacerse, debido a que *ya se posee* ese punto de vista sobre el tema. Toda revisión sólo puede hacerse a partir de un punto de vista, una posición de referencia, una situación –también un valor, una opinión, una emoción...– de partida desde la cual referir y a la cual regresar, seguramente para modificarla. Un punto de vista permite hablar, sitúa al autor en una red, lo convierte en sujeto de enunciación, más o menos igual que lo hace el tener un doctorado, quien tiene el título puede hablar del tema, se le concede una voz privilegiada en la red de científicos, se convierte en sujeto

“conocedor”. Esta confluencia de objetivos entre el conseguir un punto de vista y conseguir un título de doctor es lo que me ha permitido seguir adelante. Los sociólogos del conocimiento científico, especialmente los reflexivos (Ashmore, 1989, Woolgar, 1988) y sus amigos epistemólogos de lo mismo (sobre todo Feyerabend, 1975,) han resaltado la importancia que tienen en el desarrollo de la investigación científica los valores, opiniones y puntos de vista del científico. La dirección habitual de sus recomendaciones ha ido en la dirección del deber que tiene el investigador de no engañar al mundo haciendo ver que no posee algo de lo que no puede escapar como ser social, y por lo tanto de explicitar, a través de un trabajo, que se entiende casi casi introspectivo y de conocimiento de uno mismo, sus puntos de vista. Lamentablemente yo no debo ser una buena científica, porque hay cosas de las cuáles no puedo explicitar mi punto de vista porque me he mirado hondamente, hasta el fondo de mi ser en sí más profundo y no lo he encontrado. Por esta razón, mi principal objetivo al desarrollar esta tesis, hecho que me ha impedido, literalmente tanto como figuradamente, hacer una revisión, ha sido elaborar un punto de vista sobre las emociones. Ni más ni menos. Un punto de partida desde el cual andar un camino, que es hacerlo, unas gafas con las cuáles ver. Y esto es con lo que el lector se encuentra entre las manos. No sé si figura entre las intenciones de mi tribunal juzgar puntos de vista, pero quisiera pedirles que a parte de juzgar todo lo que consideren pertinente, juzguen también el punto de vista de esta tesis, y nada me satisfaría más que poder compartir opiniones sobre ello y quizás iniciar un diálogo... Algo que no se sabe muy bien como empieza pero de lo que se sabe menos como acaba. Más o menos lo que me ha ocurrido con esta tesis.

En segundo lugar, esto no es una tesis debido a su falta de coherencia interna, no está exenta de contradicciones, caminos falsos, ejemplos que se vuelven argumentos y viceversa. Visto ahora, desde la introducción, creo que es mi deber avisar que da muchas vueltas, a veces a lo mismo, a veces salta a otro nivel y da vueltas por arriba, luego retoma lo que dejó abajo y lo sube. Uno espera que una tesis sea un camino llano, que aunque no siempre esté asfaltado, al menos le permita a uno llegar al final sin haberse cansado demasiado, algo un poco más lineal. Uno espera que le sitúen en un punto –cosa que acabo de comentar que ya no he hecho– y que luego lo empujen un poquito, de manera que poquito a poco se llegué a otro punto, a poder ser, más adelantado, un poco más allá del último récord. En esta tesis el lector se encontrará con subidas cuesta abajo y bajadas cuesta arriba, es decir con afirmaciones graves argumentadas simplemente y afirmaciones livianas a las que ha costado llegar. Creo que es el precio de tantear en el terreno de lo obvio. La emoción ha sido durante mucho tiempo algo que ha venido dado, algo que no se piensa porque está aquí. Vive con nosotros, y a lo sumo debemos esquivarlo, si nos atrapa aguantarlo y llevarlo lo mejor que podamos. Pero la vida cotidiana es compleja, sube y baja, a veces sentimos sentimientos barriobajeros para luego regresar a la torre del sentimiento sublime. Pocas veces pensamos seriamente qué nos pasa. Es decir, sí, lo pensamos, porque al fin y al cabo uno se sorprende a sí mismo casi cada día. Pero es un pensar por encima, sin entrar, como con miedo. Nos preocupan, y mucho, nuestras emociones, pero luego mejor lo dejamos para otro momento, ya se sabe, de las emociones no se puede hablar mucho, podemos describirlas, explicar una situación, comentar un sentimiento, pero no entenderlas mucho, no pensar

demasiado en ello, y menos pretender explicarlas, porque si lo hiciéramos perderían su carácter mágico, su gracia. La principal dificultad de esta tesis ha estado precisamente en involucrarse en la cotidianeidad, en la mía claro, ¡qué remedio! y poquito a poco en lugar de excavar, bucear, agujerear, airear y otras metáforas de lo profundo (Ibáñez, 1996), ir construyendo, retocar, decorar, cambiar..., y cuántas metáforas existan de lo superficial –de superficie–. Ver la emoción fuera y no dentro. Espero al final de la lectura, al menos haber ofrecido la posibilidad de ver las propias emociones fuera de uno, de verlas en la televisión, en las paredes, en el otro, de verlas en las palabras y en los gestos, de sentirlas en el cuerpo de uno –hay cosas que no pueden cambiar (snif)– pero al menos sabiendo que se le han metido dentro a uno y no al revés, que uno las esparce por fuera. Y tristemente para un académico, creo firmemente que son las contradicciones las que permiten eso, porque chocan, molestan, irritan, hacen regresar atrás para comprobar lo que se ha leído, dejan perplejo... Por eso se han dejado, al menos las que yo y mis otros generalizados concretos, hemos visto.

No creo que sea una tesis razonable, aunque puede pecar de racionalista en varios momentos. Por ejemplo en cuánto a la metodología. La metodología es cambiante, a veces se argumenta a través de ejemplos sacados de la manga, algunos sacados de trabajos empíricos muy dignos, otros traídos a cuento por el argumento, simplemente allá porque me deslumbraron un día. Análisis más o menos de inspiración semiótica, algunos de inspiración discursiva, todos con algo de retórica. No hay una única metodología de trabajo, la pragmática

(Levinson 1989) ha hecho tanto como la retórica (Billig,1987) y la hermenéutica (Gadamer, 1975), la psicología discursiva y la bajtiniana (Potter, 1987; Edwards y Potter, 1992; Edwards, 1996; Shotter, y Billig, 1998) tanto como la psicología interaccionista (Mead,1934; Blumer, 1982; Shibutani, 1961)². Pido disculpas porque creo que es una tesis demandante y uno no tiene porque querer perder el tiempo con ella. Dicen los de la literatura, que tanto hace el lector como el autor, y este no es un caso en el que me haya esforzado para que esto no ocurriera. Así que tampoco está escrita como una tesis. Durante estas páginas, la separación entre forma y contenido no existe, son mutuamente constitutivas y constituyentes. No es un ensayo ni es literatura, es una manera de investigar y por tanto de producir conocimiento. Ciertamente esto tiene unos efectos, entre los cuales se cuenta el que si algo se puede leer fácil y rápido se puede criticar igualmente, pero dentro de la arena de la argumentación eso es lo cuenta.

Y ya que salió Bajtin a colación hace unas lineas, me he quedado sin el último resquicio de esperanza que me quedaba para defender el hecho que esto pudiera ser una tesis, porque en tercer lugar y, para acabar, debo confesar que mi trabajo no es original. No es que ya se haya publicado en algún sitio, qué más quisiera yo.... Es que todo lo que en ella se encuentra ya se ha dicho antes. Esta es una experiencia típica,

² Efectivamente, como se puede ver, aún no he aprendido la diferencia entre teoría y metodología, y si se me permite espero no hacerlo nunca.

uno piensa algo, cree que es lo más original que ha pensado nunca, y ¡plaf! En el primer libro que agarra ya se ha dicho todo. Cuestión de ¿zeitgeist? Sí, pero sobre todo de intertextualidad y dialogismo (Vayreda, 1998). De la misma manera que los periodistas siempre consiguen que los futbolistas acaben diciendo lo que ellos quieren³ hay autores que siempre consiguen que yo acabe diciendo lo mismo que ellos. Y a pesar de todo... no me he convencido a mi misma de que deba callar. No sé, veo que a pesar de que haya cosas que ya estén dichas, aún hay que decirlas más veces (Fernández Christlieb, 1994c). Eso debe ser la aportación de conocimiento que tiene esta tesis. Un conglomerado de ideas, algunas más concluyentes que otras, dichas una y otra vez, en un orden nuevo, de otra manera, a ver si, ¡por fin!, alguien más se convence y conseguimos la tan ansiada bola de nieve⁴.

Ahora el tribunal ya sabe que esto no es una Tesis doctoral, al menos lo sabe como Magritte, sabiendo sin saber cual de sus dos pipas era La pipa. Esto no es una Tesis, pero puede llegar a serlo si se conviene en que la representación absorbe al referente, y el tribunal

³ Debo este ejemplo a Miquel Torregrosa, en comunicación personal.

⁴ Los teóricos de la influencia minoritaria describen (Moscovici, Doise, Mugny, Pérez..., el proceso de influencia minoritaria, del cual uno de los pasos es el efecto bola de nieve, si alguien, a poder ser muy convencido, de la mayoría, se pasa a la minoría, obliga aún más al resto de la mayoría a pensarse las posturas de la minoría.

acepta que no hay diferencia alguna entre la representación de una Tesis doctoral y su presentación.

Ce qu'il y a dans la pipe

Umberto Eco⁵ ha clasificado las tesis en tesis panorámicas y tesis monográficas, en tesis teóricas y tesis históricas y finalmente, en tesis políticas y tesis científicas (en este último caso no para decir que son lo mismo, lo cual hubiera estado bien, pero al menos para decir que lo científico no excluye lo político). Esta no es ni de las unas ni de las otras, sino un poco de todo, exactamente lo que Eco dice que no debe hacerse. Se ofrece un panorama, aunque a través de unos binóculos que restringen el campo en gran manera; no es una monografía aunque algunos autores se tratan más que otros; no es una tesis teórica “que se propone afrontar un problema abstracto” como dice Eco, porque las emociones son bien concretas; ni es histórica, al menos no de forma sistemática, aunque la historia esté presente de forma ineludible, y no como anécdota sino como eje de análisis. Esta es básicamente una tesis con una propuesta, aunque no es una propuesta fácil. No es algo prefabricado en lo que uno se pueda meter a vivir en seguida. Lo que se propone es un punto de vista, no es la casa prefabricada sino tan sólo el deseo de la casa. No hay ni siquiera la idea de un muro, ni del material, ni del número de habitaciones, menos aún de la decoración, no porque sea

⁵ Eco, U. (1977). *Como se hace una tesis*. Barcelona: Gedisa, 1998.

lo menos importante sino porque es lo más difícil. Lo único que hay es la necesidad de la casa y las ganas de tenerla.

Empecé la introducción afirmando que las emociones no existen, pero esto no es la propuesta, esto solo forma parte del viejo truco del constructorista que quiere impresionar a su audiencia. Por supuesto que las emociones existen, pero no como las imaginamos cotidianamente, no como decimos que son, tan corporales, tan hormonales, tan cerebrales – en el sentido menos intelectual– Tienen sobre todo una vida social, asociadas a, cuando no inextricables de, los discursos que versan⁶ sobre ella. Por ello, como cualquier fenómeno al que le haya tocado ser estudiado por alguien con *espíritu* constructorista, sólo existen en las sociedades que las hayan pensado como tales. Por ejemplo ‘emoción’ es una palabra reciente en el español, es un concepto que surge del campo académico y que entre eso y la fuerza creciente del inglés triunfa en la vida cotidiana. Por ello uno no puede afirmar sin ruborizarse que haya universales en la emoción. Otra cosa es que los turistas occidentales veamos⁷ cosas en los otros a las que llamamos emoción, pero los turistas también ven el agua del mar azul, cuando de todos es sabido que es

⁶ Y es que de las emociones se acostumbra a hablar en verso, una característica más de como se las quiere alejar de la cotidianeidad, a veces metiéndolas a fuerzas en el cuerpo, a veces abstrayéndolas a lo espiritual. Lo que sea con tal de evitar alguna explicación de las emociones social, que permitiera pensar que se pueden transformar.

verde, llaman patatas a los chayotes, no distinguen el cilantro del perejil, no saben que toda persona tiene un animal que le acompaña toda su vida y cuida de ella y que los muertos no hacen daño ni son malos, sino que son la mejor compañía a la que puede aspirar un ser verdaderamente social. Lamentablemente, en demasiadas ocasiones se acusa al constructor de quedar satisfecho con su pequeña demostración, de dejar las cosas tal cual e irse a buscar otro terreno para deconstruir y así ganarse su sueldo deshaciendo las cosas que los demás han estado años construyendo con mucho esmero, sudor y lágrimas. Puras habladurías, pero no obstante, voy a situar a la emoción en el centro vital de cualquier análisis que se precie sobre la sociedad occidental, ahora llamada sociedad global, y pronto, efectivamente, única sociedad sobre la faz de la tierra. Este espacio central, actualmente ocupado por otras cosas, debe pasar a ser ocupado por la afectividad. No con ánimos esencializadores ni mucho menos, sólo con ánimo de llamar la atención sobre un componente del entramado social que ha pasado desapercibido allá donde no había sido ocultado ya. Algo que no se podría haber conseguido sin el trabajo de los analistas del discurso, puesto que a pesar de haber menospreciado –no lo digo en su sentido peyorativo sino descriptivo– a la afectividad, han sentado las bases para una nueva comprensión de la emoción como lenguaje. Un lenguaje realizado en parte con palabras, pero también sin ellas, en parte con el cuerpo pero también sin él. La emoción no es un lenguaje más, como podría parecerle

⁷ Reflexione el lector sobre la impertinencia del autor de considerarse occidental viniendo de un país del tercer mundo....

a quien se acuerda del lenguaje no-verbal y la expresión corporal, como quien se acuerda de Santa Bárbara cuando truena. Es el lenguaje más importante que han constituido las personas del mundo occidental, y su importancia no radica en su riqueza expresiva, ni en su especial belleza, ni en su interés intrínseco, ni en su capacidad de comunicación de lo más verdadero y profundo de los seres humanos, ni en lo que ha asombrado a filósofos de academia y filósofos de bar en el último par de milenios, en nada de esto. Su importancia radica en su poder. Poder que le ha venido conferido por su construcción de asunto del que no se puede hablar verdaderamente, de asunto que no se puede conocer verdaderamente, por su construcción de fenómeno oculto en el interior de las personas, de su animalidad presupuesta, de su individualidad radical. La afectividad ha sido el espacio con el cual se ha sujetado el sujeto –el de la enunciación– al individuo. Su aparente falta de palabras es un silencio retórico, el del poder que tiene lo inconfesable, gracias a los dispositivos de confesión⁸. Su vinculación al cuerpo la ha transformado en una prisión, en una fortaleza donde a lo social no se le ha permitido la entrada, el cuerpo ha sido simultáneamente el calabozo del individuo y el muro que la ha separado de las palabras. Todo esto y alguna cosita más, que se metió en el camino como quién no quiere la cosa, viene a ser este texto.

⁸ Este es el momento para felicitar al padre de la idea, Michel Foucault y su Historia de la Sexualidad, volumen 1, por supuesto (Foucault, 1977).

Le bois de la pipe

Entrados en estilo confesiones inconfesables, no sólo lo son las emociones, supongo que el proceso de toma de decisiones ante una tesis también debe de serlo. De las tres partes que tiene la tesis, sólo la segunda se acerca a lo que estaba pensado originalmente. Esa fue la primera que se escribió y su escritura cambió el rumbo de las otras partes. Esta segunda parte tiene como elementos esenciales, la conceptualización de la emoción como dispositivo de control social, y lo que he venido a llamar anclajes de la afectividad. Cuando las acabé la primera parte pensada originalmente como una genealogía dejó de tener sentido, porque de repente no cabía en la tesis un trabajo histórico, sino que se hizo urgente profundizar en algunos de los sentidos del vocabulario actual de la afectividad y sus efectos políticos más evidentes. Pensar el consumo, el cuerpo, el self, el género, la memoria, llevaba a tener que presentar ante todo porque política y afectividad estaban relacionadas y qué tipo de vínculo mantenían. Así se gestó la primera parte. Objeto de mutaciones varias fue la tercera parte, los contenidos que en ella se encuentran provienen por un lado, de un lugar situado entre la primera y la segunda, en el cuál tenía que constar el cómo la psicología, la psicología social y finalmente la psicología social crítica, habían trabajado las emociones; y por otro lado, de la aspiración a escribir una conclusión en forma de gran teoría psicosocial sobre las emociones. Finalmente, de la parte desaparecida sólo me interesó conservar la reflexión sobre los puntos de vista que la psicología social ha mantenido sobre la afectividad. Una reducción del campo disciplinario para confesarme que finalmente sólo quería centrarme en la psicología

social, junto con un traslado al final, donde ya estuviera un poco más claro el punto de vista de la tesis, me permitiría interpretar, aunque sólo fuera por encima, el papel de la psicología social en la constitución de la afectividad moderna. La gran teoría con la que soñaba explotó en mil pedazos a medida que me iba dando cuenta de la fragmentación y de la intertextualidad de lo afectivo y de sus innumerables especificaciones en la política y la economía, entre otras muchas cosas; a través de una mirada de pequeños procesos de gobierno de sí mismo, de constitución de géneros, de disciplinarización, de expansión de discursos y de otros múltiples cachitos... Así que me quedó nada más el principio, sin la gran narrativa que me hubiera salido si hubiera terminado la tesis unos cuantos años antes. Hoy por hoy sólo está la búsqueda de un punto de vista y de sus efectos.

Antes de acabar la introducción quisiera presentar los capítulos de manera detallada a manera de contexto para un amable lector. Empecemos por los tres que conforman la primera parte. En el primer capítulo llamado *El estado actual de la afectividad* se presenta el acontecimiento más importante sobre la afectividad de nuestro siglo XX, su aparente despolitización. El mundo de lo afectivo, tan vinculado el siglo pasado a los movimientos de masa, al cambio social en definitiva⁹, se encerró en el individuo. Para ello se tuvo primero que expulsar lo social

⁹ Visto hoy en día, es al cambio social pero en aquel entonces cabe recordar que el vínculo de las masas con la afectividad cumplía la función de desprestigiarla y por lo tanto de negarles capacidad política.

de las emociones, convirtiéndolas en una serie de estados abstractos y absolutos, trascendentes a la agencia social. Ello se hizo negándole el lenguaje, y tristemente, porque no es obvio que debiera ser así, el giro lingüístico colaboró en ello. También se desprestigió a la Pasión, reduciéndola a un adorno retórico de políticos en acción o bien, lo que es peor al ámbito de la familia. Y finalmente se la relegó al espacio de lo exótico, al terreno del consumo cultural (Me[^]strovic, 1997), viajar para sentir en propia carne nuevas emociones, viajar para ver a gente con otras emociones, indiferentes ante lo que nos apasiona, apasionados ante lo que no nos interesa. El segundo capítulo describe la ambigua relación entre sentimientos y emociones. A veces contrapuestos, unos más dignos que otros, a veces actuando de común acuerdo, emoción y sentimiento se han turnado en la afectividad confundiendo la una con el otro. A pesar de no sostenerse la distinción entre sentimiento y emoción, tampoco es accidental, este juego de lenguaje a través de una complicadísima red semántica, cumple la función de legitimar aquellas partes de la afectividad que son en general de gran utilidad para el mantenimiento de la estructura estatal, la familia, el patriotismo.... Tales menesteres requieren a veces distinguir entre emoción y sentimiento y a veces fusionarlos en una difusa afectividad o en otras ocasiones, requieren una renuncia flagrante de pasión alguna. En el tercer capítulo se reflexiona por separado sobre la pasión. Aunque la pasión forma parte de la red y de los juegos que acabo de mencionar, y cumple su parte correspondiente en lo positivo y lo negativo de la afectividad, merece capítulo, corto, a parte, por su especial relación con la razón. La dicotomía razón-pasión es una de las básicas para la generación de conocimiento. El conocimiento científico no es posible sin el

apasionamiento de los científicos, capaces de trabajar por sueldos miserables y en muy malas condiciones, por el bien de la Ciencia¹⁰. Al mismo tiempo la pasión incita al individuo a controlarse, la razón se vuelve necesaria ante los envites de la pasión.

La segunda parte se compone de seis capítulos, que he dividido en dos bloques, un primer bloque de tres capítulos sobre la emoción como dispositivo de control social y un segundo bloque sobre los anclajes y efectos de las emociones. Foucault define el dispositivo como “un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos.” (Foucault, 1977, p. 128). Esta definición se adecua punto por punto a lo que entiendo por dispositivo y es aplicable en cada uno de sus puntos, reitero, sin excepciones, a las emociones. El último bloque de capítulos de esta parte, se refiere a los lugares en que fondea el barco de las emociones, allí dónde se ancla, lo cual le permite sobrevivir, tomando fuerzas y descansando. Igual que no hay barco sin ancla, no hay emociones sin

¹⁰ Tengo pruebas de ello cada día en mi relación con un contratado precario, hijo pobre de la L.R.U. española.

memoria ni sin lenguaje, ni emociones que no produzcan efectos políticos en los sujetos que las habitan.

En el cuarto capítulo, he puesto las consideraciones sobre los discursos cotidianos de las emociones. Con ello quiero dejar claro que las emociones por supuesto que son lingüísticas, y no únicamente. El que se hable de ellas y el cómo se habla de ellas, no es tan sólo un aditamento, una mera etiqueta como ha querido ver la Psicología Social 'mainstream', sino que las constituye realmente, las hace lo que son. Pero aunque ello no sería posible sin la colaboración del cuerpo, no significa que el cuerpo determine la emoción de alguna manera. Por supuesto que no, pero produce que la emoción se constituya no solamente gracias a las palabras, si no también con una serie de prácticas corporales, más o menos institucionalizadas pero que también son discursivas. Entre las cuáles se cuenta, el no poder hablar de las emociones sin que estas se pierdan para siempre. Lo curioso es que la práctica de este 'no poder hablar' se hace con montón de palabras, y con *auto o mutuo análisis* caseros más o menos afortunados, pero sin que ello derive en concluir que su carácter es discursivo. Por ello el objetivo de este capítulo, generalizable a la tesis, es estudiar qué ocurre cuándo se intenta analizar un discurso que versa sobre lo inenarrable de su contenido. La afectividad es un discurso que se niega a sí mismo la calidad de

discurso¹¹. Incluyo para acabar este cuarto capítulo una revisión del trabajo empírico de Deborah Lupton sobre los discursos de la emoción, a manera de ejemplo de lo que precede, pero sobre todo como muestra empírica de que el discurso sobre las emociones son las emociones mismas.

En el quinto capítulo y en el sexto elaboro una reflexión sobre la relación que mantiene la afectividad con dos espacios básicos: el género y el cuerpo. En el caso del género, las emociones constituyen una parte fundamental de lo que significa ser mujer u hombre. Pero no porque uno las haya aprendido a posteriori de la marca de género, sino porque la afectividad forma la marca de género misma, ser mujer u hombre es tener, sentir y reproducir determinadas emociones que configuran las relaciones y puntos de vista que uno puede tener. En el caso del cuerpo retomo la moda reciente del *embodiment*, la cual pretende su recuperación en el análisis social. Intento señalar el peligro que supone para lo social caer en una naturalización de del cuerpo, aunque ahora sea desde las ciencias sociales y reflexiono sobre el espacio que ocupa el cuerpo en la afectividad, y como su centralidad discursiva lo ha convertido

¹¹ La palabra discurso es ambigua, puede significar texto o conjunto de prácticas sociales, algunas de las cuales lingüísticas. En mi caso he usado las dos acepciones, y me gustaría pensar que por el contexto, quede claro cuándo me estoy refiriendo al discurso como texto, como cognición o como racionalización para contraponerlo a la afectividad y cuándo me refiero a un proceso constructor de realidad, un proceso en el cuál los componentes textuales y afectivos, no se pueden separar.

en el eje que vincula al individuo con su afectividad. De manera que el cuerpo ata las emociones a su individuo, convirtiendo a éstas en un fenómeno particularmente asocial.

En el bloque de anclajes y efectos, empiezo con el séptimo capítulo, sobre la memoria, porque entiendo que no puede existir afecto sin memoria, colectiva por supuesto. La afectividad habita en la memoria igual que la memoria requiere de la afectividad para constituirse como tal. Todo recuerdo es socialmente construido, pero sobre todo es socialmente recordado por los afectos que en él se hacen. Sin perder de vista que los afectos que se incluyen en los recuerdos, no son afectos pasados, no son un apartado más de un recuerdo particular, sino construcciones actuales que convierten el recuerdo en algo interesante, en algo narrable, y que al mismo tiempo legitiman el orden de cosas del presente.

El octavo capítulo insiste en los efectos que provoca el hecho que se construya a la afectividad como aquello de lo que no se puede hablar. Se comenta como efectivamente de las emociones se habla, aunque sea para decir que de ellas no se habla, pero hay que decirlo, ¡claro! Y es precisamente en este decir de lo que no se dice, que se naturaliza lo supuestamente no dicho. La emoción se vuelve incuestionable en su realidad y con ello garantiza lo mismo para el individuo moderno, sus deseos y sus consumos.

El noveno capítulo trata de los efectos políticos de la construcción de las emociones. En particular de los efectos de control, toda vez que

hay una firme convicción en lo incontrolable de las emociones, la cantidad de esfuerzo, vigilancia, gestión y control que tienen que desplegar los individuos en forma de necesidad de sentir correctamente; es decir, de forma adecuada a lo que se espera de ellos en una situación dada y también en las inesperadas. Como esto sólo pasa cuando sucede, acabo con la sugerencia de que la Psicología Social tiene precisamente un espacio de estudio en las grietas e intersticios de la normalidad, porque precisamente la fuerza que tiene el discurso de la emoción se puede aprovechar para generar espacios de cambio social cuando las expectativas no se cumplen.

La tercera parte, como toda buena historia, comenzó hace ya mucho tiempo. Justo cuando llevaba tres semestres de la carrera de psicología y me preguntaba por qué estaba yo estudiando Neurofisiología, Anatomía y Bases Biológicas de la Conducta. Y no es que careciera de habilidades para tales materias, si no que simplemente yo quería estudiar psicología, algo que según yo tendría que explicar la vida cotidiana y el sentido de la vida por ejemplo. Ciertamente esta era una petición de alcances muy superiores a lo que la psicología o cualquier disciplina puede ofrecer. Cuando la psicología social desde el interaccionismo simbólico me explicó que eso de la socialización era al revés, es decir, que no era uno el que entraba a la sociedad, si no que era la sociedad la que entraba en uno, incluso antes de nacer, me pareció entrar en otro mundo, o para decirlo con propiedad, que otro mundo me entraba a mi. Un mundo en el que ya podía participar y que me permitía la posibilidad de transformarlo y que si no me enseñaba el sentido de la vida al menos me permitía entender mi

pregunta al contextualizarla social e históricamente. Así que me empezaron a venir ganas de contextualizar más cosas, hasta aquellas de las que no me imaginé nunca que tenían contexto, como por ejemplo las emociones. Y no por casualidad, sino por una preocupación constante por el cambio social, bueno sobre todo por el no cambio social, o al menos la falta de cambio en la dirección que a mi me hubiera gustado. Esa falta de cambio ante proyectos tan racionales, tan claros, tan evidentes como los que a mi me militaban me sorprendía, tanto como para pensar que había algo más que el discurso funcionando por ahí. Por estas razones, la tercera parte intenta elaborar una propuesta sobre esta otra cosa que no es discurso y lo es.

El décimo capítulo es un breve repaso a las malas relaciones que han mantenido las emociones y la psicología social. Empezando por sus raíces psicofisiológicas, para llegar al construccionismo pasando por el cognitivismo por un lado y el interaccionismo por otro, con el objetivo de mostrar como el vínculo indisoluble establecido entre emoción e individuo ha servido para ocultar la característica de proceso social que tiene la emoción. El undécimo capítulo recoge algunos de los elementos mencionados a lo largo de la tesis para unificar los puntos básicos antes de pasar al duodécimo capítulo, con algunas sugerencias sobre las posibilidades de una metodología que estudie la afectividad. Una metodología que no desvirtúe su carácter procesual, que no las reifique, que no las encierre otra vez en el individuo, que haga honor a su plena socialidad y que tiene como primera herramienta el pensarlas como dispositivo de control social y como segunda, el análisis del discurso,

aunque puede que no bajo las (diferentes) formas en que lo conocemos hoy en día (Fairclough, 1992, Parker, 1992, Shotter, 1993, Potter, 1996, Potter y Wetherell, 1987, Íñiguez, 1997) pero aprovechando plenamente sus aportaciones. Una intuición a partir del trabajo de Crawford, Kippax, Onyx, Gault y Benton (1992) es que tienen que trabajarse en colectivo, conversacionalmente, haciendo explícito que es allí donde se construyen, y dónde son susceptibles de transformación, y reconociendo la similitud y recurrencia de sus manifestaciones.

El decimotercer capítulo posee un tono claramente reivindicativo, en el cuál se pide a la psicología social que asuma las emociones como parte ineludible de su trabajo de investigación de los procesos de creación, mantenimiento y cambio de la realidad. Que piense los efectos que puede producir su trabajo, sobre todo cuando el efecto pueda ser la creación de nuevas emociones. Que piense el tipo de selves/yo'es que genera su trabajo y que no eluda la discusión política, aunque se trate de la política de las emociones.

No quisiera terminar vendiendo helados como Feyerabend siendo calificada de excesivamente apasionada con el relativismo. Al contrario, espero que el relativismo presente en –ahora sí y por esta razón– la tesis, venga a ser la confesión de que me gusta la academia, que confío en sus posibilidades y que deseo contribuir al ensanchamiento de éstas. Deseo que como espacio repleto de emociones por conocer, la academia nos depare a todos unas deliciosas narraciones que construyan una vida larga y plena que valga la pena ser... construida.

Primera parte. De pasiones, emociones y sentimientos.

La expulsión de lo social

El afán de los humanos habitados por la Ciencia de controlar el mundo a través de la creación de innumerables clasificaciones de lo que se nos ponga por delante, sean escarabajos, tribus exóticas o espíritus celestiales, llegó en su día al terreno de la afectividad. Como en tantas ocasiones, la clasificación fue más una ratificación de lo que las ideologías/sentido común del momento decían, que un intento de crítica de las mismas. De manera que se pudo utilizar lo afectivo para descalificar a las mujeres, a las masas (Domènech, 1996), a los niños, a los demasiado primitivos o a los poco desarrollados. A pesar de su gran funcionalidad, el mismo discurso sobre lo afectivo - algo inaprensible y fuera de toda posibilidad de control - evitó que se sofisticara mucho la clasificación, de manera que hay quien ve un cierto consenso en nuestra cultura académica Occidental, encontrado en la vasta, y repetitiva, bibliografía sobre el tema, en que los fenómenos afectivos pueden ser clasificados en tres categorías: los sentimientos, las emociones y las pasiones. Puestos en este orden, muestran una gradación que iría subiendo en grado de intensidad y duración. Siguiendo a Páez, Echebarría y Villareal (en Echebarría y Páez, 1989, p. 43), que son los

que afirman hacerlo de manera consensual (sic)¹², los sentimientos serían “reacciones subjetivas moderadas de placer y displacer” del tipo de las evaluaciones o los estados de ánimo. Las emociones serían “más intensas y complejas, implican[do] manifestaciones expresivas, conductas, reacciones fisiológicas y estados subjetivos (percepciones y cogniciones)” - debe remarcarse que la única diferencia con la anterior definición yace en la intensidad y, como afirman más adelante, en la puntualidad de la emoción versus la generalidad del sentimiento. Finalmente, “las pasiones son objetivos persistentes durante largos períodos” - no hay que olvidar que toman la definición de un autor que escribe en inglés, N. A. Frijda, y que en este idioma “passion” es también sinónimo de “hobby”. Esto produce que, por ejemplo Carlos Gurméndez (1981), aún siguiendo una categorización similar prefiera invertir el orden y situar a las pasiones en primer lugar, como el substrato de actividad corporal necesario para la consecución de las emociones y finalmente de los sentimientos, que son los que muestran esta continuidad temporal que no tienen las emociones. Empero los matices en la clasificación, Paéz y colaboradores, no han conseguido ni mucho menos lo que debería haber sido, a mi entender, el primer objetivo de una teorización psicosocial mínimamente digna: conseguir que la afectividad no se reduzca a estados abstractos y absolutos, trascendentes a los individuos.

¹² Aunque parece que se refieren a un consenso en la comunidad científica, a la vista de las contradicciones y ambigüedades en la literatura que yo he consultado, creo que deben, o al menos deberían, hacer referencia a un consenso entre ellos.

Aunque por supuesto primero habría que acordar que éste es el objetivo deseable, cabe mencionar que dentro de un proyecto ético ligado al construccionismo social, efectivamente lo es. Básicamente el construccionismo, paralelamente al proyecto postestructural de deconstrucción, digamos a la postmodernidad, busca anular las explicaciones de la conducta humana que trasciendan al ser humano y en eso sigue, y mejora, el camino de la ilustración y su proyecto antioscurantista. En este sentido deben comprenderse los fuertes ataques construccionistas contra toda explicación biologicista, que sitúe a las personas en una supuesta línea evolutiva guiada por alguna misteriosa teleología con un final en el infinito, dónde acabarían los más fuertes (léase, altos, rubios y de ojos azules) después de un “natural” proceso de selección. Lamentablemente, éste proyecto no ha entablado con la afectividad una relación cariñosa, sino que ha procurado, cómo ya hicieran los estimables precursores interaccionistas, olvidarse de ella. Si en el interaccionismo simbólico se consideraba la conducta cognoscitiva por encima de cualquier síntoma emocional (Mead. 1934), en el construccionismo el lenguaje ha radicalizado ésta pérdida de contacto, negando a la afectividad una teorización que la considerase más allá de un epifenómeno del lenguaje. Esta falta de interés ha acabado precipitando en brazos neo-darwinistas a más de una persona preocupada por la afectividad, con el sentimiento, puesto que esto es, que el lenguaje no lo acaba de explicar todo y que “hay algo más”.

Sea o no la afectividad un juego de lenguaje, algo hay que poder decir de ella¹³ sin tener que caer en el absolutismo de un Estado que se Padece en oposición a una Razón de la cual se Goza. Ya que resulta que en toda comparación entre lo afectivo y lo cognitivo siempre es lo primero lo negativo, este padecimiento que se supone a las emociones las ha convertido en las candidatas ideales para formar parte de los manuales de psicopatología, así una breve ojeada a la colección de los DSM, del cual ya vamos por el cuarto, nos muestra como la gran mayoría de trastornos tienen como características constitutivas problemas de la afectividad. Una mala calidad en los afectos de uno le catapulta de inmediato en plena enfermedad mental. Debo mencionar aquí la relación que ya fue mostrada por autores como Michel Foucault (1977) o Nicolas Rose (1989), entre psicopatología y tecnologías de la normalización. Pero lo chocante de ello es sobre todo como a raíz de la biologización de lo afectivo, estos trastornos se reducen a trastornos del sistema nervioso central negando a los sujetos clasificados en estas categorías la cualidad de sujetos sociales. Parece ser que cuándo se trata de trastornos mentales, determinados paralelismos no se hacen equitativamente. Por ejemplo se utilizan explicaciones diferentes para referirse a los 'problemas' cognitivos que a los afectivos. En efecto se nos permite

¹³ De hecho de lo que más se habla es de la afectividad, y es más se habla de ella partiendo del supuesto que es algo de lo que no se puede hablar, precisamente esto es lo que obliga a teorizarla. Cualquier discurso que trate de lo innominable debe ser analizado con todos los pormenores, ya que seguro que se esconden en él las implicaciones políticas más insospechadas.

hablar de trastornos afectivos pero no de trastornos de la inteligencia. Estos segundos son siempre trastornos del aprendizaje. De ello se deduce que la Psicología ha construido ciertas categorías - las cognitivas: inteligencia, percepción, categorización, pensamiento, ...-, como objetivos ideales a los cuáles llega el individuo después de determinados procesos que se dan durante su desarrollo (por ejemplo el aprendizaje), mientras que otras categorías, como las afectivas que acabo de describir son siempre dados por hecho que no se aprenden sino que se tienen. Con ello la cognición ya ha conquistado su derecho a ser considerada social, al menos en parte, pero la afectividad, anclada se supone en fenómenos filogenéticamente más primitivos, no disfruta de esa posibilidad. Dejaré para más adelante la posibilidad de que el famoso bestseller de Daniel Goleman "Inteligencia Emocional" (Goleman, 1996) resuelva este problema¹⁴.

La despolitización de la afectividad

La negación de lo social en la afectividad es una consecuencia del intento de despolitizarla. Pensada como la Energía, el Potencial, la Posibilidad, la Motivación, la Fuerza en definitiva, no es de extrañar que se haya considerado ante todo peligrosa. Hay un movimiento de balanceo en el camino de deshacerse de su carga política que la ha conducido a lo largo de este siglo desde lo más general hasta lo más atomizado. Primero asociándola con las masas luego con la biología, siempre fuera de juego.

¹⁴ Ver capítulo VI.

El desprestigio de la afectividad como elemento político empieza en las ciencias sociales asociándola a la Masa. Si la mujer era irracional, porque en ella predominaba lo afectivo, ahora también lo serían las masas, puesto que el individuo, decían, sólo se convierte en masa a través de un proceso de anulación de su parte racional, a través de la pérdida de la conciencia y la emergencia de su parte animal, instintiva - que casualmente es la que controla a las mujeres-. La lectura clásica es que esa asociación sirvió para desprestigiar a las masas y negarles cualquier reconocimiento político cosa que ya se había hecho anteriormente con la mujer, si la mujer era irracional su potencial político quedaba destruido, si la masa era femenina (Le Bon, 1895), se movía por instinto (McDougall, 1908) o era inmadura (Tayler, 1923) su potencial político era despreciable - en los dos sentidos de la palabra - La relación causa-efecto no es nunca unidireccional, hay otra lectura posible, ya que, el estrecho vínculo con las masas y las mujeres acabó definitivamente también con las posibilidades políticas de la afectividad. Las masas y las mujeres no fueron lo único que se perdió por el camino. También la afectividad en tanto que proceso políticamente válido. La diferencia es que las masas y las mujeres han sido retomadas y revalorizadas por las ciencias sociales y por grupos sociales que han luchado a cuerpo partido por ello, y en cambio este proceso no se ha producido con la afectividad, yo haré un intento pero por si acaso aquello del cuerpo partido mejor lo dejamos para otro momento.

Los teóricos contemporáneos de la identidad social haciendo una lectura normativa del proceso de masa (Reicher, 1987) la han salvado de

la irracionalidad, puesto que se puede inferir que si en un proceso de masa se siguen normas éste no puede ser un proceso irracional. Por otro lado, hace ya más tiempo que las mujeres empezamos a salvarnos a nosotras mismas, y si no lo hemos conseguido del todo es, entre otras razones, porque algunas se dejaron seducir por el discurso de las lindezas afectivas con que la últimamente tanpreciada Madre Naturaleza supuestamente nos bendijo y prefirieron entrar en armonía con el cosmos y utilizar como arma su potencial creador de vida. Pero, sacarse de encima la afectividad negando su relación supuestamente privilegiada con las masas y las mujeres no era la única vía posible. ¿Quién salva a la afectividad de su irracionalidad? ¿Porqué no seguir un camino distinto? Un camino que retornara a la afectividad su carácter político también hubiera servido para recuperar a la masa y a las mujeres para la política sin escamotear una substancial parte de ésta como es la afectividad. En este fin de siglo el camino pasa ahora por el lenguaje, por estudiar el discurso de lo innominable, el discurso de la afectividad.

Esta desarticulación de la masa y su valor de cambio y transformación consigue mantenerse en las nuevas interpretaciones que se hacen desde la identidad social puesto que el proceso que se supone básico, la identificación con la propia categoría social, sigue siendo un dado por hecho. Así oímos hablar con cierta naturalidad de fanáticos intransigentes, de nacionalistas excluyentes, de asesinosfascistasquematanaqueñnopiensecomoellos... en fin de toda clase de apegos irracionales basados en la Identidad. Mientras por un lado se consigue eliminar el discurso de la irracionalidad de la masa

poniendo a colación las normas sociales que se crean y mantienen en el disturbio, éste se vuelve colar en cuanto se presenta la ocasión, ahora por la puerta de la Identidad. Pues de esto se trata, mientras que se considera explicable la categorización en cuánto "lógico" proceso cognitivo de reducción de estímulos, se sigue sin decir nada sobre el porqué del favoritismo endogrupal. Porque, francamente, decir que se explica por la identidad social que proporciona al individuo no es una explicación. Una explicación así debería ser una conclusión posterior a un discurso sobre la afectividad, pero nunca puede ser una explicación derivable de una mera categorización cognitiva porque entonces o bien la afectividad no existe y es un mero efecto corporal controlado por la cognición, es decir secundaria a esta - punto que ningún cognitivista estaría dispuesto a defender - ; o bien lo que es secundario es lo cognitivo, mera excrecencia cerebral al servicio del instinto gregario - punto que yo no estoy dispuesta a admitir, ya que expulsa de la identidad lo que tenía de social.

Así pues, en la primera ocasión de nuestra época en que se pudo hablar de la afectividad reconociendo su calidad de elemento político en la vida social, se la relacionó de forma clara y definitiva con la irracionalidad. Hay que tener en cuenta que en el período en el que se empiezan a teorizar las masas, política significa proyecto y la afectividad, la masa en este sentido, carece de él. Y no cualquier proyecto además, sino que tiene que ser un proyecto de progreso, la política es la ciencia al servicio del pueblo, el ilustrado que traza las líneas del futuro no se puede permitir injerencias descontroladas a menos que se sienta capaz de

revertir luego la situación a su favor. La masa se respeta si es una inversión pero se desprecia cuando es un peligro. Igual que la afectividad. El estudio de las masas no devuelve pues a la afectividad su carácter eminentemente político. Esto se podría haber esperado de los movimientos de mujeres, si no llega a ser por la evolución del discurso sobre la afectividad, y el cambio de énfasis que permitió pasar de la pasión a la emoción. El líder de la masa era apasionado, tanto como su ciego seguidor. Ahora la mujer será emocional, tanto más como tanto menos lo será el hombre.

Mientras que las divagaciones sobre la feminidad de la masa y la pérdida de la identidad propia en favor de la identidad de grupo eran suficientes para finales de siglo, la nueva ola científicista dificultará de tal manera el sostenimiento de un discurso como aquél, que las ciencias sociales se verán obligadas a resituar la afectividad, manteniendo como sea su despolitización. ¿Y en qué mejor lugar que el cuerpo? Las emociones surgirán como el último grito en inventos científicos, nuevamente despolitizadas porque se redujeron no a lo irracional, sino a lo biológico y también a lo individual junto con ello. Ello me parece un intento de despolitizar lo afectivo pues lo vuelve o lo reduce a estados viscerales controlables fácilmente desde una exterioridad ajena al sujeto y aséptica como puede ser la práctica médica. Práctica que se vuelve completamente objetiva y cosificada. Por ejemplo, unos días después de nacer mi hija, la enfermera muy amablemente me preguntó, y cito literalmente, si tenía yo depresión postparto! ¿La enfermera consideró obvio que yo debía saber qué era, cuáles síntomas la caracterizaban y

conocer la manera de diagnosticarla? No lo creo, pero para ella hasta tal punto se han vuelto la emoción, y su psicopatología adjunta, una Cosa, que no pudo pensar que una depresión no se puede ver de buenas a primeras como si de la pata de una silla se tratara. ¿Acaso pregunta un médico a su paciente si tiene neumonía? No si se trata de una enfermedad, pero sí, si se trata de una psicopatología, es decir de una emoción deformada o degenerada. Porque en este caso, como de la emoción no se puede hablar, más vale que el paciente traiga el diagnóstico ya hecho. Una entonces puede llevarse a casa la dosis correspondiente de Prozac, y sanseacabó. Y es que ya lo decía Wittgenstein, de lo que no se puede hablar, no se puede hablar.

Este intento de despolitización de lo afectivo que ya empezó con las masas, hasta llegar a perfeccionar la afectividad como una cosa empaquetada, aséptica, individual y controlable ya ha llegado a ser últimamente hasta gestionable desde el management, como lo muestran los manuales de inteligencia o alfabetización emocionales, es decir, se ha convertido en un producto más de consumo, ahora ya sí, como las ONG's, vacía de todo residuo de carga política. Huérfana de planteamientos sociales, la afectividad es ahora tan solo una pócima milagrosa para los creyentes del Crecimiento Personal.

El desapasionamiento

¿Dónde han quedado las pasiones en el transcurso de este siglo? Su aventura ha sido diversa y su destino fragmentario. Para empezar se usan como la única manera posible de convencer. Un discurso

apasionado sigue teniendo un valor añadido, dentro, claro está, de los límites de un proyecto político determinado de antemano y nunca fabricado en el ardor del reto. Un proyecto elimina también de paso a la retórica. La progresiva pérdida de prestigio de la retórica en política se corresponde también al movimiento ilustrado que he mencionado más arriba. Se considera que la retórica es una manipulación afectiva que no debe tener lugar en una sociedad democrática en la que cada ciudadano es un individuo autónomo con criterio personal para escoger entre distintos proyectos libremente expuestos. Lo que debe convencer son los hechos, un hecho convence por sí mismo, sólo por existir, el discurso político es un discurso de hechos (una combinación de bienhechos, malhechos y algunos por hacer) la pasión es tan sólo un extra, un suplemento vitamínico, un chute de emoción, afectividad de consumo instantáneo. A la pasión en política se le reconoce sólo un valor superficial, es un añadido que alegra el día, que permite pensar que se están haciendo bien las cosas, y, en una divertida paradoja, que no hay nada más cierto que los hechos expuestos en el discurso (se puede encontrar un análisis de los usos tácticos de las pasiones en Bailey, 1983). Con todo y las mencionadas limitaciones, las pasiones se conservan al menos en la persuasión, la cual tiene un matiz político en tanto que se acepta un discurso apasionado como versión de la realidad y no ya como la Verdad. Pero conservan también al mismo tiempo el carácter de pérdida de control y desasosiego, que las limita, siempre deben ser medidas y actuadas dentro de un estricto control de desafueros. Sea como sea, las pasiones han quedado en el terreno de los estudios filosóficos, retóricos y en parte en el simulacro de lo político

que son los partidos políticos y los discursos de campaña electoral. Pero ¿Qué pasa en el resto de la vida cotidiana con las pasiones?

El uso de la Pasión, así con mayúsculas para decirlo como de todo corazón, ha quedado restringido al ámbito amoroso. Si uno piensa en la pasión, ya no le viene en mente su colección de sellos de posguerra, ni tampoco aquél asomo de misticismo que le salió alrededor de la primera comunión, lo primero en lo que uno piensa es en el sexo. Supongo que ya sólo se utiliza en el ámbito sexual para ejercer control monogámico sobre las parejas, porque por más que éstas sólo sean encuentros casuales más o menos duraderos, siguen teniendo la simultaneidad vetada. La pasión es necesaria para la monogamia. El discurso de la pasión, es decir la pasión, permite tolerar el control del propio cuerpo por el otro, así como establece la posibilidad de controlar al mismo tiempo el cuerpo del otro hasta hacerlo propio. De ahí la escasa duración de la pasión. Sólo es necesaria hasta llegar al control del cuerpo del otro, cuando se ha llegado a ese estado ya no es necesaria y desaparece. Por eso la pasión sexual no es un estado, es un ejercicio de sometimiento que se desvanece cuándo acaba. Entonces debe instaurarse otro discurso: familia, amor, amistad, matrimonio, fidelidad, compromiso, nuevas posturas... o bien ir a buscar otro cuerpo y volver a empezar el juego del control. Estos dos usos de la pasión, el político-retórico y el amoroso, nos muestran como la despolitización ha seguido su curso. La pasión tiene ya pocos usos que no sean superficiales.

Emociones culturales

Por lo que toca a las emociones su despolitización ya ha quedado patente tras su caída al interior del cuerpo. Mientras, ha habido movimientos para recuperar su dignidad, por ejemplo el sector de la diferencia de las feministas, y movimientos que han querido recuperar su carga política usándolas como arma contra el naturalismo, por ejemplo el construccionismo social. El intento de ver las emociones como producto cultural y por lo tanto de sacarlas del cuerpo lo que parece una manera de recuperar su carácter político (Schweder y Le Vine, 1984), aparentemente también ha devenido en una trampa. En vez de resaltar su carácter situado, construido y social, ha quedado más de manifiesto lo diferentes que somos los unos de los otros, lo incomprensibles e inexplicables que son los sentimientos y emociones y ha reducido el potencial político de esta explicación al mero accidente geográfico y pintoresco: "en la variedad está el gusto".

El construccionismo (en este caso en forma de Teoría de la Acción, ver Harré, 1986, Harré, Clarke, Carlo, 1985), junto con la antropología emocional (verbigracia Le Breton, 1998, Lutz, 1988, Lutz i Abu-Lughod, 1990), ha trabajado mucho para que la afectividad recuperara su carácter político. A pesar de todo el hecho que su principal argumento sea el cultural plantea un serio problema que va más allá de los problemas de traducción que tienen los innatistas. En el caso de estos últimos se trata de traducir vocabulario emocional entre lenguas distintas. En el juego de adivinar detrás de qué etiqueta se esconde la emoción verdadera - que parece más un juego para aprendices de científicos que un trabajo serio -

se trata de mantener a determinadas emociones como universales. En cambio para los antropólogos emocionales y los construccionistas versión Harré, la traducción no es sólo de vocabulario sino también de acciones, y no solamente entre lenguas sino también entre situaciones. Este planteamiento ya no mantiene a determinadas emociones como universales pero sí que mantiene La Emoción como universal. Esto se puede ver como un problema para un proyecto que se quiere relativista pero no lo es. En este sentido hay que pensar que el construccionismo mantiene otro universal a priori¹⁵: el lenguaje. Ergo las emociones también pueden serlo puesto que forman parte del lenguaje humano, en concreto de determinados usos del cuerpo en el lenguaje. Aunque no es legítimo afirmar que un constructo occidental sea un universal uno tiene que poder hablar y actuar de y sobre lo que ve usando el discurso que se lo posibilita ¿con qué si no? En todo caso el problema importante no es ya la traducción sino la ética. Tenemos que preguntarnos si es necesaria la traducción y con qué fin. Aquí es donde entra la política en el tema de la relatividad cultural de las emociones, pero ha entrado de forma colateral. La relatividad cultural de las emociones, su carácter de construcción social, ha sido utilizada para "demostrar" la verdad de, para ser justos diremos lo razonable de, los planteamientos construccionistas.

¹⁵ A mi entender afirmar esto es una trivialidad que no contradice en absoluto su relativismo. Postular que las personas tenemos lenguaje (o emociones) es equivalente a decir que respiramos oxígeno o que tenemos un cerebro. Simplemente un elemento más, necesario para la vida humana que de ninguna manera puede condicionar sus posibilidades más allá de ofrecerlas.

Al fin y al cabo era el mejor ejemplo, lo que menos se podía sospechar que fuera construido, puesto que ya era definitivamente biológico, un trozo de cuerpo inserto por error en la vida social. La falta de una seria reflexión política sobre los efectos de determinados ejemplos (Feliu, 1995) ha provocado que la emoción sea al final del recorrido un botón de muestra de las diferencias interculturales, el punto y a parte de la diversidad. La emoción demuestra la construcción pero también demuestra la incompreensión, la imposibilidad de comunicar con el vecino de enfrente, o justifica la nueva pasión del consumo¹⁶ de lo exótico.

En conclusión

Voy a dejar de momento las reflexiones sobre el estado actual de la afectividad. Me parece que en coherencia con su corta historia científicista, digamos que en buena lógica con la preeminencia de una noción de conocimiento basada en la razón, las ciencias sociales sienten poco afecto por el afecto. Pero, paradójicamente, y aunque no les guste sienten, tienen sus fobias y sus filias, sus deseos y sus evaluaciones. El reconocimiento de la presencia de los afectos debe conducir a que la afectividad no se reduzca a estados abstractos y absolutos, trascendentes a los individuos, ello se consigue mediante un cambio de discurso que las signifique, que les de sentido, de manera que dejen de ser lo innominable para pasar a ser algo estudiable. Mientras, la emoción

¹⁶ Por fin se puede uno emocionar consumiendo emociones. El consumo es la superemoción, la emoción de emociones.

se sigue padeciendo en oposición a la razón que se goza, consiguiendo de esa manera que se niegue al sujeto que padece los afectos su calidad de sujeto social, ya que mientras que las categorías afectivas son dados por hecho, las cognitivas al menos se aprenden. Se sigue así el proceso de despolitización que empezó con su asociación a las masas, terminó enterrándolas en el cuerpo y dejó a las pasiones mustias.

En cuanto al construccionismo, su principal ambigüedad con la afectividad radica en el énfasis en el lenguaje que por un lado ha acabado negando a la afectividad una teorización que la considerara más que un epifenómeno del lenguaje, y por el otro, la ha usado para legitimar su punto de vista relativista y enfatizar el poder del lenguaje - todo ello apasionadamente, claro está - sin acabar de ser del todo resolutivo con los problemas éticos de tales planteamientos.

**Capítulo II. Sentimientos a, ante, bajo, cabe, con,
contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para,
por, salvo, según, sin, sobre, tras emociones.**

ADVERTENCIA:

Feeling: (...) syn. FEELING, EMOTION, AFFECTION, SENTIMENT AND PASSION mean a subjective response to a person, thing or situation. FEELING denotes any partly mental, partly physical response marked by pleasure, pain, attraction or repulsion; it may suggest the mere existence of a response but imply nothing about the nature or intensity of it; EMOTION carries a strong implication of excitement or agitation but, like feeling, encompasses both positive and negative responses; AFFECTION applies to feelings that are also inclinations or likings; SENTIMENT often implies an emotion inspired by an idea; PASSION suggests a very powerful or controlling emotion. (Webster's ninth new collegiate dictionary, 1991, pág. 455).

En este capítulo intentaré confundir un poco lo que había dejado claro en el anterior. Lo que espero es que el lector al final del capítulo haya dejado de entender algo que podía parecerle fácil de entrada, la diferencia entre sentimientos y emociones. Con ello espero hacerle partícipe de uno de los sentimientos que me ha acompañado a lo largo de estos años de tesis: el que acompaña a la consciencia de la futilidad de determinados esfuerzos. Y ya puedo anunciar a estas alturas, que en esta tesis no se resuelve el problema, ni tan siquiera se intenta el trabajo, puesto que hacerlo tampoco supondría aportación alguna a una práctica de conocimiento crítico. En todo caso el conocimiento que espero aportar es el de la inutilidad de tal esfuerzo, si convengo en el intento al menos

habré conseguido que algún organismo que financie investigación se ahorre algún dinero.

Algunas indistinciones clásicas

El problema de la distinción entre sentimientos y emociones empieza por querer hacerla. Digamos que algunos autores sienten la necesidad de marcar una diferencia en este punto. Hay dos posibilidades para explicar tal necesidad, o bien que la distinción se corresponda a una realidad que debe ser explicada, o bien que se trata de una distinción tan clara en el lenguaje de sentido común que por lo tanto debe dársele un equivalente académico, no vaya a ser que el pueblo llano vaya por delante de la academia en su dominio de la realidad. En realidad las dos explicaciones son la misma, puesto que la realidad a la cual deben corresponder los conceptos viene dada por el lenguaje común. Ahora bien ¿por qué en un momento dado aparece la necesidad de marcar claramente desde la academia la diferencia entre ambos términos? Por qué el problema no se entierra y se olvida para siempre como con tantos otros temas? La respuesta es porque nadie es capaz de considerar negativamente a la afectividad de modo global, ya que tiene también un lado positivo innegable por ejemplo por la función que cumplen el patriotismo cuando sirve para mandar a los hombres a la guerra, la tristeza cuando muere el rey o el amor para mantener unida a la familia. La afectividad tiene una cara que debe salvarse, el sentimiento o afectividad tranquila, y en cambio tiene una cara desastrosa, la emoción, o afectividad disruptiva, a la cual no se le encuentra función alguna. Es este segundo plano de la afectividad el que plantea problemas y el cual

DEBE distinguirse del primero necesariamente. Así pues la distinción comienza no por una diferencia real preexistente que deba ser reflejada en el conocimiento sino porque esta distinción cumple la función de justificar el estatus quo. De manera que siendo el sentimiento conservador y la emoción transgresora, el primero debe ser salvado como aquél lado de la afectividad que garantiza la unión de los hombres (de la misma clase y de diferente sexo por supuesto) y la segunda debe ser atacada debido a los cambios no deseados que puede generar. Claro está pues que para salvar a una y atacar a la otra en primer lugar deben poder distinguirse claramente, y ahí empiezan los problemas.

Empecemos por la Real Academia de la Lengua Española. Reza el diccionario de dicha institución en su vigésimo primera edición : “Sentimiento’. m. Acción y efecto de sentir o sentirse || 2. Impresión y movimiento que causan en el alma las cosas espirituales. || 3. Estado del ánimo afligido por un suceso triste o doloroso. ‘Sentir’: experimentar sensaciones producidas por causas externas o internas. ‘Emoción’: Estado de ánimo producido por impresiones de los sentidos, ideas o recuerdos que con frecuencia se traduce en gestos, actitudes u otras formas de expresión”.

En estas definiciones ya se puede ver una diferencia con la distinción (consensuada) de Páez (Echebarría y Paez, 1989) y colaboradores, comentada en el capítulo anterior. Recordemos que según ellos los sentimientos serían “reacciones subjetivas moderadas de placer y displacer” del tipo de las evaluaciones o los estados de ánimo mientras

que las emociones serían “más intensas y complejas, implican[do] manifestaciones expresivas, conductas, reacciones fisiológicas y estados subjetivos (percepciones y cogniciones)”. A mi entender en el diccionario, se implica que es el sentimiento la reacción puntual, puesto que deriva del sentir por una causa concreta, siendo acción y efecto de este sentir; y la emoción es el estado de ánimo que produce el sentir. Creo que es un poco forzado leer en el diccionario, como hace Eduardo Crespo¹⁷ (en Harré, 1986), supongo que para sostener la distinción científica más de moda, que este estado de ánimo se corresponda con una alteración orgánica. En todo caso éste no es el sentido más habitual de estado de ánimo, el cual es mas duradero que una alteración. Es interesante notar que Eduardo Crespo se apoya también en lo que afirma son los sentidos más habituales del lenguaje ordinario¹⁸, para defender más adelante, que algunas de las emociones inglesas como sorrow, happiness, sadness, guilt, envy, etc. (en Harré, 1986, pàg. 211) son habladas en el lenguaje ordinario del español como sentimientos. Para él la distinción es crucial en tanto que el sentimiento tiene un vínculo con la volición que no tiene la emoción. Mientras que las emociones no nos pertenecen, dice, los sentimientos sí, y aunque ninguno de los dos es construido como

¹⁷ Cito directamente en inglés para evitar malentendidos: The dictionary of the Real Academia defines it as, at bottom, an organic disturbance. (Harré (Ed.), 1986, pág. 211).

¹⁸ Supongo que el lenguaje ordinario del que habla es en realidad una multiplicidad de lenguajes, y que en todo caso el adjetivo sirve para distinguirlo del lenguaje (o lenguajes) académico.

controlable, los segundos tienen una connotación moral: se pueden tener malos sentimientos pero no malas emociones. Aún estando de acuerdo con esto último, no se puede asumir que la Real Academia o los lenguajes ordinarios distinguen de forma clara ambos términos, entre otras razones porque, el término emoción es un neologismo (como dice Crespo, entra en el diccionario en 1843), lo que supone que no puede tener un uso cotidiano separado de su origen en el español, vinculado exclusivamente al campo de la ciencia. A través del diccionario se puede ver como el uso que se hace en la vida cotidiana del término emoción proviene directamente del campo de la ciencia, si nos fijamos, su definición es muy pero que muy concreta en comparación con lo vaga que es la de sentimiento - siendo esto último un efecto de la multiplicidad de sentidos y usos del vocablo capaz de poner en apuros a cualquiera que se enfrente a la tarea de definirla -. Estas idas y venidas de la Academia de la Lengua al lenguaje ordinario, son muy interesantes puesto que muestran la imposibilidad de la distinción. No se puede querer ver en las definiciones de diccionario o bien una relación directa con el concepto científico o bien una relación directa con el lenguaje cotidiano, porque en realidad éstas no pueden ir más allá de las contradicciones de los discursos que los componen. Hacerlo supondría un problema –obligaría a pensar la ciencia como torre de marfil más que como tomadora y proveedora de sentidos del y hacia lenguaje ordinario–, que en el caso de la afectividad se muestra en todo su esplendor a causa de su postulada inenarrabilidad.

Miradas de cerca, las definiciones de emoción y sentimiento de la Real Academia son indistinguibles. Emoción: Estado de ánimo producido por impresiones de los sentidos (sentir por causa externa), ideas o recuerdos (sentir por causa "interna") que con frecuencia se traduce en gestos, actitudes u otras formas de expresión. Como los sentimientos también se traducen en gestos, actitudes y otras formas de expresión, es difícil pensar qué pueden tener de diferente. Es curiosa aquí la mención de la frecuencia puesto que implica que no siempre se traduce en algún tipo de expresión. Eso contradiría, por ejemplo, la teoría de James-Lange según los cuáles la emoción es precisamente esta expresión (recordemos aquí la ya famosa frase de James, no lloramos porque estamos tristes sino que estamos tristes porque lloramos –era difícil no ponerla en algún punto de la tesis, aunque quiero que conste que me he resistido–). De esta manera, a pesar de vincular emoción y sentimiento con el sentir, la Academia también refleja las teorías más espiritualistas o intelectualistas en las cuáles no existe vínculo forzoso con el cuerpo. La segunda acepción de sentimiento¹⁹ acaba de dejarlo claro. Estas definiciones reflejan claramente el debate entre las versiones más fisiológicas de la afectividad y las versiones más cognitivas (para decirlo en un lenguaje más actual).

¹⁹ Recordemos que era la impresión y movimiento que causan en el alma las cosas espirituales.

Escuelas de emoción

Spinoza y Herbart, por ejemplo se insertan en una tradición, de corte alemán (para diferenciarla del corte inglés, que sería la muy cartesiana escuela anglo-sajona). En ésta tradición la emoción es consecuencia de las representaciones que se tienen en la situación, una contradicción entre representaciones puede llevar a un estado negativo, mientras que una armonía entre ellas lleva a un estado de bienestar. Esta tradición ha sido cuestionada y refutada por múltiples experimentos con animales, lo cuál no deja de ser sorprendente puesto que en esta tradición lo animal no juega ningún papel relevante. En cambio los neurofisiólogos se han empeñado en demostrar que la actividad emocional tiene lugar en zonas del cerebro *inferiores y arcaicas*. Como esto no demuestra que la emoción no pueda ser puesta en marcha por algún tipo de trabajo cognitivo han tenido que recurrir al extraño ejemplo de las emociones que se tienen sin representación, como en las situaciones de peligro. Este ejemplo es sorprendente en su debilidad porque si fuera cierto nos habríamos ahorrado mucho dinero en campañas de prevención de accidentes. Lo que vengo a decir es que la sociedad realiza un enorme esfuerzo (educativo, literario y pelicularo) en conseguir que sus miembros adquieran representaciones correctas de lo que es una situación de peligro.

A pesar de esto los planteamiento de las teorías organicistas de James-Lange, han marcado los desarrollos posteriores de casi todas las teorías sobre emociones. A pesar de no tener un sostén empírico canónico, estas teorías tuvieron gran fuerza durante más de cincuenta

años y aún hoy en día se pueden encontrar citadas como precursoras de los nuevos desarrollos científicos, porque formaron parte del movimiento que instauró a la ciencia en el lugar privilegiado que ocupa ahora, al unir emoción y cuerpo sin fisuras. James y Lange, junto con los evolucionistas - Darwin escribe pocos años antes, "La expresión de las emociones en los animales y en el hombre" - expulsaron la afectividad de la filosofía, desde ese momento ya no se escribieron más tratados de las pasiones, y la afectividad pasó a ser materia científica. Como afirman muchos autores (Guillaume, 1932, Vygostky, 1931, Lyons, 1980 ...) James y Lange son discípulos privilegiados de Descartes, y como se ha dicho ya sobradamente, de la famosa división entre cuerpo y mente. Con lo cuál lo que se consiguió fue separar a la emoción de la mente, de manera a reforzar la posibilidad, tan ansiada, de una racionalidad libre de prejuicios. Bonita utopía. Un fin de siglo después, Pierre Bourdieu, sociólogo poco sospechoso de biologicismo, en un panfleto apasionado en contra de la guerra en los Balcanes entre OTAN, kosovares albaneses y serbios (Bourdieu, 1999), repite que este asunto debe ser estudiado desapasionadamente para que no nos dejemos llevar por las emociones. Como mínimo triste. ¿Porque no aprovechar precisamente el caudal de emociones que genera un asunto de este tipo para generar una oposición más sólida? ¿Porque seguir asimilando emociones a demagogia y por lo tanto dejar el terreno libre a los medios de comunicación?

Ya Vygotsky en el treinta y uno vio claro que el biologicismo de James-Lange, y junto con ellos los evolucionistas, negaban la posibilidad del desarrollo histórico de las emociones. Ya que todas se pueden reducir

a sensaciones corporales cada vez más primarias, en el fondo cualquier emoción humana viene a ser equivalente a la irritabilidad de la ameba y deja de tener importancia el sentido de la emoción y su relación con la situación. Para James-Lange es lo mismo un furor maniaco, o estar enfadado por que lo han envenenado a uno, o estarlo por una afrenta (Lange, 1896, p. 65, citado en Vygotsky, 1931). Para Vygotsky esta ausencia de sentido es inconcebible porque niega el progreso (sic) del hombre (sic). (p 330 i p. 346). Sics aparte la observación de Vygotsky es más que válida, es éticamente relevante.

Este debate provocó que se dejara de lado durante un momento la taxonomía y que en la Francia del otro fin de siglo y principio del siguiente reinara la confusión. En Ribot (1897), gran defensor de las teorías evolucionistas, sentimiento y emoción se confunden, se alude a la una y a la otra de forma indiscriminada sin gran preocupación. Blondel (1928), gran defensor de las tesis intelectualistas, en su libro que es una profusión de ejemplos culturalistas, evita los términos, se refiere a la afectividad y santas pascuas.

A partir de entonces se prefiere separar claramente los dos términos, pero por absorción, la emoción se convierte en el concepto científico válido y en todo caso los sentimientos (en aquellas lenguas que lo requieren) son un tipo de emoción duradera. Los fisiologicistas necesitan afianzar sus posiciones y la emoción se lo permite. Por ello se vuelcan en ella, dejando de lado el sentimiento. Estudian los momentos intensos en los que saben que van a encontrar correlatos físicos y dejan

de lado la prolongación de esta emoción en el sentimiento porque no pueden ya encontrar pruebas fisiológicas de alguna actividad diferenciada. Piensan que si demuestran que la emoción tiene un origen biológico, podrán hacerlo extensivo de forma natural al resto de la vida afectiva. Y de hecho, los recientes trabajos en neuroendocrinología confirman esta tendencia, puesto que ahora el enamoramiento es cuestión de hormonas. Etólogos y fisiólogos encuentran en la hormona su punto en común. Hay un gran determinismo subyacente a las descripciones de los mecanismos neuro-hormonales del enamoramiento. En última instancia los mecanismos químicos que se ponen en funcionamiento dependen de las hormonas. Las hormonas disparan el mecanismo, lo mantienen en funcionamiento, aumentan y disminuyen el nivel de actividad y paran el proceso. Por eso en estos trabajos se llega a la conclusión que el enamoramiento –emoción– sólo puede durar tres meses, y que luego debería dar paso al amor –sentimiento–. Aunque la cuestión del amor ya es más controvertida, hasta ahora los etólogos consideraban que el hombre (sic) estaba hecho para la familia, y que la familia era el requisito para la sorprendente adaptación del hombre en este planeta. Ahora, como las hormonas ya sólo duran tres meses, consideran que en todo caso el hombre prefiere una monogamia secuencial, de manera a diseminar sus semillas cuánto más mejor. Curiosamente no atan cabos con los cambios en la sociedad estadounidense paralelos a estos cambios en sus teorías científicas. Pero eso al menos, aunque deja la emoción en manos del instinto, deja al sentimiento francamente inexplicable, en manos de la sociedad –vista como represora claro de la verdadera naturaleza promiscua del hombre–.

Un juego de lenguaje

El problema de la lengua en la que se piensa no es banal en este caso. Como siempre, el problema de la traducción. A mi entender algunos traductores abusan de la primera acepción del diccionario de la Real Academia y traducen sistemáticamente "feeling" por sentimiento. Esto hace que se deba ir con pies de plomo al leerlos, puesto que en la mayoría de los casos que he encontrado hubiera sido más apropiado traducir "feeling" por sensación. Sentimiento es una palabra con un uso mucho mayor en español que el "sentiment" inglés. Como indica Eduardo Crespo (1986) muchos sentimientos del español son emociones en inglés. En las lenguas latinas (al menos en el francés y el catalán que son las que conozco) el problema es similar. En general, la Emoción se ha ido reservando para los momentos afectivos que son puntuales y fuertes, lo cual concuerda con su etimología vinculada al movimiento, y el Sentimiento ha quedado para los estados afectivos duraderos²⁰. Esto lleva a que la preocupación por la diferencia se encuentre sobre todo en autores franco e hispano hablantes (por ejemplo en Paulhan, 1900; Guillaume, 1932; Burloud, 1956; Maisonneuve, 1973; Echebarría y Páez, 1989; Gurméndez, 1981 y 1985, Crespo, 1986) y desaparezca en los

²⁰ "Prueba" de ello es un folleto publicitario encontrado en mi buzón durante el redactado de este capítulo, que me solucionó el problema rápidamente. El folleto, de una Hiperjoyería, rezaba: El ORO es sentimiento. El contenido del folleto, joyas para la pareja, la madre o la primera comunión, indica claramente que se trata de ofrecer algo duradero, espíritu desde luego con el que la gente acostumbra a comprar piezas de oro.

autores anglosajones, cuya principal preocupación es la diferencia entre sensación y emoción (por ejemplo en Lyons, 1980; Ortony, Clore y Collins, 1996; Harré y Parrot, 1996).

Hasta hay gente que no agrupa determinados fenómenos bajo el concepto emoción, con lo que parece aún más fácil entender que no hay una entidad tal como el sentimiento. De ahí la principal discrepancia de este capítulo, y en general de la tesis, con aquellos que pretenden poder describir al sentimiento y a la emoción, como si fueran objetos de este mundo. Algunos fenómenos lingüístico-corporales son emociones/sentimientos –enamorarse, sorprenderse, enfadarse, estar contento, feliz, preocupado, tener celos, miedo, pánico, terror... pero otros no: tener hambre, deseos de ir al baño, escozor, ser mujer, soñar, esperar a alguien... Esta arbitrariedad entre lo que es emoción y lo que no, muestra suficientemente que algo así no puede ser universal, ni siquiera básico. Para empezar no hace falta tener ni los mismos movimientos corporales en las mismas situaciones ni la clasificación misma. Ni tan solo un concepto como el de emoción es pensable en todas partes –de hecho no lo era en la España de hace tan sólo doscientos años. Sin una teoría biológica como la Occidental Moderna es imposible pensar la categoría emoción.

Las dificultades taxonómicas son relevantes porque indican hasta qué punto se le ha negado a la afectividad la posibilidad de ser sometida a un conocimiento racional. En cambio, para otros temas las ciencias sociales no han dudado en clasificar y dichas clasificaciones se han

mantenido intocables mientras se mantenía intocable el método naturalista aplicado a las ciencias sociales. Es decir que mientras muchas taxonomías particulares, aunque discutidas, han sido asumidas sin excesivos cuestionamientos (Fernández Christlieb, 1994c) como conocimiento universal (fauna, flora, mundo mineral, personalidad...) –al menos hasta la crisis global del sistema de conocimiento– la afectividad ha sido siempre discutida hasta tal punto que no sólo no se ha cumplido con un mínimo acuerdo sobre el sentido de las palabras a utilizar, si no que tampoco se ha estado vigilante para mantener una cierta coherencia entre las definiciones, ni se ha preocupado nadie en plantear los problemas de las traducciones y de la incompatibilidad entre lenguas de los conocimientos producidos. Estas dificultades indican hasta qué punto la afectividad se ha convertido en el discurso de lo innominable, ya que ni una institucionalización del conocimiento tan fuerte como la que hemos vivido en este siglo, La Ciencia, ha sido capaz de someterla, organizarla y marcarle pautas. Todo más sorprendente si se tiene en cuenta que la afectividad estaba mucho más a mano que cualquier bacteria de turno o sistema planetario ignoto. Aunque no era un problema de capacidad, sino más bien de miedo, creo que los científicos han tenido miedo a adentrarse en el estudio del paradigma de lo subjetivo, no fuera que se contaminarán con algún residuo de emotividad que fuera a echar a perder años de trabajo racional.

Otro de los temas fundamentales en afectividad, cuando de taxonomías se trata, es el de las emociones básicas. No lo quiero desarrollar en profundidad porque el asunto ha adquirido vicisitudes

cómicas. Baste mencionar que no hay el más mínimo acuerdo sobre algo que todo el mundo reconoce que debe existir. Siguiendo a Ortony, Clore y Collins (1996) existen varias maneras de pensar las emociones como básicas, todas igualmente problemáticas. Una emoción puede ser entendida como básica porque aparece en una edad temprana, porque aparece en momentos en que se ve afectada la posible supervivencia del organismo, porque se creen universales, porque se las imagina mezclándose para formar emociones mixtas o combinándose para formar emociones complejas, porque compelen de una forma especialmente fuerte a la acción, porque sus expresiones corporales son espectaculares, porque han sido "observadas" en animales más básicos que nosotros, porque tienen desencadenantes simples o menos complejos... En fin, un drama, como lo es el intentar dilucidar si esto quiere decir que las hay básicas y no básicas, o sólo más básicas y menos básicas, y entonces ¿cómo se mide su gradación? Y finalmente... el gran problema, ¿cuáles son las básicas? Los autores citados han realizado una tabla en la que muestran qué emociones han sido consideradas básicas por qué autores. Ahora sí, la divergencia en algo que debería ser obvio, por básico, es espectacular. Como se puede ver, una serie de problemas que se podrían ahorrar muchos con leer a Wittgenstein (1958, 1968, 1969, 1977) y tener un poco de fe en los juegos de lenguaje (Rommetsveit, 1972).

Ahora imagínese el lector que esta tabla no la conformaran tan sólo autores anglosajones o europeos del norte, sino que también hubiera aportaciones de autores hispanos o franceses –por no irme a buscar

tribus exóticas— y que se tratara de distinguir sentimientos de emociones...

TABLA 2.1. Selección de las listas de emociones «fundamentales» o «básicas»

Teórico	Emociones fundamentales	Base para la selección	Referencia
Arnold, M.B.	Amor, aversión, desaliento, deseo, desesperación, esperanza, ira, miedo, odio, tristeza, valor	Relación con las tendencias a la acción	Arnold (1960)
Ekman, P.	Ira, júbilo, miedo, repugnancia, sorpresa, tristeza	Expresiones faciales universales	Ekman, Friesen y Ellsworth (1982)
Frijda, N.	Aversión, congoja, deseo, desprecio, ira, júbilo, miedo, orgullo, sorpresa, vergüenza	Formas de disposición para la acción	Frijda (1986 y comunicaciones personales)
Gray, J.	Ansiedad, ira/terror, júbilo	Necesidades del sistema	Gray (1982)
Izard, C.E.	Congoja, culpa, desprecio, interés, ira, júbilo, miedo, repugnancia, sorpresa, vergüenza	Necesidades del sistema	Izard (1971)
James, W. McDougall, W.	Amor, duelo, furia, miedo, Asombro, euforia, ira, miedo, repugnancia, sometimiento, ternura	Implicación corporal Relación con los instintos	James (1884) McDougall (1926)
Mowrer, O.H.	Dolor, placer	Estados emocionales no aprendidos	Mowrer (1960)
Oatley, K. y Johnson-Laird, P.N.	Felicidad, ira, miedo, repugnancia, tristeza	No requiere contenido proposicional	Oatley y Johnson-Laird (1987)
Panksepp, J.	Expectación, furia, miedo, pánico	Necesidades del sistema	Panksepp (1982)
Plutchik, R.	Aceptación, anticipación, ira, júbilo, miedo, repugnancia, sorpresa, tristeza	Relación con procesos biológicos adaptativos	Plutchik (1980)
Tomkins, S.S.	Congoja, desprecio, interés, ira, júbilo, miedo, repugnancia, sorpresa, vergüenza	Densidad de descarga nerviosa	Tomkins (1984)
Watson, J.B.	Amor, furia, miedo	Necesidades del sistema	Watson (1930)
Weiner, B.	Felicidad, tristeza	Independencia de la atribución	Weiner y Graham (1984)

Nota. No todos los teóricos representados en esta tabla abogan con la misma fuerza por la idea de las emociones básicas. Para unos es una noción crucial (p. ej., Izard, 1977; Panksepp, 1982; Plutchik, 1980; Tomkins, 1984), mientras que para otros esta idea tiene un interés solamente periférico y los análisis que hacen de las emociones básicas son limitados (p. ej., Mowrer, 1969; Weiner y Graham, 1984).

Capítulo III. Una historia de pasión

*Un poco de pasión aumenta el ingenio, mucha pasión lo apaga.
Stendhal (citado en un concurso de televisión)*

Pasión²¹. Se admite que un cierto grado de pasión en una persona es bueno para la humanidad, aunque probablemente no lo sea para el individuo que la sufre. La pasión es buena si el individuo en la cual habita la controla, moderadamente, no fuera que se trocara en sentimiento. Una pasión puede llevarte a triunfar en tu vida pública aunque te impida una vida privada “sana” –esto quiere decir formando una familia convencional– Si eres capaz de introducir elementos de racionalidad en tu pasión, puedes conquistar un reino. Pero claro, de esto solo pueden ser capaces los avispados lectores de la Inteligencia Emocional de Goleman. En general, “ceder” a la pasión es malo. Si la pasión te controla se acaba tu vida autónoma e independiente y te puedes ver arrastrado al fracaso, tanto en tu vida laboral como en tu vida personal, que se ve que son cosas diferentes, y tienen razón quienes así lo ven puesto que en el

²¹ El elenco de esta historia se encuentra en: Abbagnano, (1961); Fleurquin y Laffon (1995); Ariès y Duby, (1985); Farge, Davis y Lea, (1990); Bodei, (1991); Greimas y Fontanille, (1991); Parret, (1996) y Frijda, (1996).

trabajo dejamos de ser personas (pasamos a ser colaboradores, empleados, socios, trabajadores o recursos)–. Este tipo de construcción que acabo de exponer es perfectamente coherente con el ideal de individuo moderno. Así, ser un individuo verdadero no tendría ninguna dificultad sin esta peculiar construcción de la pasión. En cambio, cuándo la pasión se convierte en prueba, ya tenemos quiénes la superan y quiénes no. Eso legitima que haya individuos mejores que otros, y sobretodo categorías de individuos mejor que otros. Un individuo valioso es aquel que tiene agencia, es consciente de ella y la usa para cambiar el mundo. Una tarea francamente apasionante. Sólo los mejores lo consiguen, aquellos cuyo control sobre las situaciones, ergo sobre sí mismos, sea perfecto. La pasión injerta en el mismísimo centro del individuo, su válvula de control. Aquél individuo que se deja ganar por una pasión deja de ser individuo y pasa a formar parte de aquellos que pudieron pero no lo consiguieron: los fracasados. Fracasar en el proyecto del individuo moderno es fracasar en el control de uno mismo sobre una construcción social hecha a medida para tal fin: la pasión.

La construcción de la pasión como algo bueno si lo dominas y malo si te domina permite por supuesto la jerarquía de los individuos. Por eso los grupos de personas categorizados como buenos controladores de sus pasiones son los grupos en situación de poder, en general hombres

blancos anglosajones de ideales burgueses²². La falta de control de sus pasiones permite legitimar la discriminación hacia los grupos contruidos como menos capaces de llevar a cabo una buena gestión: mujeres, niños, negros, trabajadores, latinos...

Por algo la patología y la pasión parten de la misma raíz griega, pathos o afección. La patología estudia las afecciones del cuerpo, normalmente causadas por agentes que se han construido como externos al cuerpo (virus y bacterias, pero también traumas infantiles). Desde el punto de la patología, el cuerpo es pasivo puesto que se ha dejado afectar. La pasión es una de estas afecciones. Quiénes la sufran pasivamente y se dejen dominar por ella acaban siendo carne de patólogo, en este caso psiquiatra o psicólogo, puesto que la pasividad ante la invasión de la pasión es mental. Al individuo fuerte esto no le ocurre, sólo el débil mental es incapaz de sobrellevar con dignidad un ataque de pasión.

Pero hay otro sentido positivo de pasión que no está ligado al trabajo del individuo. Es el deseo (Bodei, 1995). Ahora que ya no hay masas irracionales y apasionadas, ni siquiera las "masas de dos" que cariñosamente introdujo Francesco Alberoni (Alberoni, 1972), que derrocan

²² Un desarrollo interesante es el de Agnes Heller, en cuyo libro Teoría de los sentimientos acuña la expresión "gestión doméstica de los sentimientos" para analizar el modo de gestión burgués de los sentimientos.

el orden público, entre otros monumentos, las masas se constituyen en el deseo. Por ejemplo la pasión sexual vende montones de películas, comics, revistas, "juguetes", videos, perfumes, ropa, etc., etc., y entonces la pasión puede que sea vista como un estado, un descontrol, un abandono de sí mismo, o la fuerza de la vida, la chispa de las cosas, la alegría de vivir, algo interior o algo exterior al sujeto, la negación de la agencia o su mismísima encarnación... Vaya, en definitiva, el consumo. Por fin se puede uno emocionar consumiendo emociones. El consumo es la superemoción, la emoción de emociones. La sociedad fundamentada económicamente en el consumo no requiere tan solo de inventores apasionados por su trabajo y ciegos la mayor parte del tiempo a las consecuencias de éste –i. e. la bomba atómica o la invención del telar a vapor–, también necesita estructuras de deseo imbuidas en sus unidades de consumo. Por lógica atomista, cuanto más pequeña sea la unidad de consumo más habrá, de manera que la familia no es suficientemente numerosa ni, hoy en día, suficientemente unidad. En cambio, si no se ha podido convencer a las familias, sí que se ha convencido al individuo de su poderosa unidad interna y por lo tanto de la fuerza de su deseo. Un deseo que es de autoconsumo. Es decir, un deseo de consumir más deseos. Por eso la emoción no es solamente una gratificación que se obtiene al consumir, sino que al mismo tiempo el acto de consumo y el objeto de consumo. Otra vez, la pasión, la emoción, en definitiva la afectividad aparece como central en los actuales dispositivos de control social.

Pero ¿cómo se nos ha mezclado la pasión con la emoción? ¿Acaso la primera no era más sublime y auténtica que la segunda, más grande y

mejor? Todo lo sublime y grandioso siempre ha tenido detrás una pasión, o mínimamente unos cuantos apasionados. Sin embargo, en el capítulo de Claire Armon-Jones (en Harré, 1986, p. 40) las pasiones equivalen simplemente a las emociones, con lo cual tiene servida la ya crítica habitual (también en esta tesis) al biologicismo que conllevan y a la imposible privacidad de su experiencia (siguiendo a Wittgenstein, 1958). La pasión es un motivo importante para deconstruir las emociones, porque de diferentes maneras, es el término que les ha servido para poner de manifiesto como las emociones son consideradas, lingüísticamente hablando, como la práctica que materializa lo interno de un individuo, ese mentalismo, psique, alma, que la más de las veces se representa como suave, dulce, tierna y emotiva.

También Theodore R. Sarbin (én Harré, 1986, pp. 84–85, 95) considera que hablar de emociones no es más que la forma técnica en nuestros días de referirse a las pasiones, conservando su sentido y en el papel de víctima al interfecto que las sufre, esto es que las considera un término que exagera la pasividad del asunto y que refuerza la noción de que una pasión es como un virus que ataca a la persona. Y por ello requerimos de la racionalidad que afortunadamente hemos inventado (Walkerdine, 1988) y que nos permite hablar de cosas serias. Como por ejemplo Bourdieu, que en el texto que he comentado en el capítulo anterior (Bourdieu, 1999), cree que debemos desembarazarnos de la pasión para

realizar un trabajo serio contra la guerra²³. Como siempre, se alude a la razón como la manera adecuada de plantearse un problema serio²⁴. Esto, con todos mis respetos, es un gran error, por no decir una tontería. Llevamos más de 200 años intentando resolver los problemas políticos con planteamientos racionalistas, cuándo no hiper-racionalistas (como podían ser las propuestas comunistas y anarquistas), para que al final llegue la emoción (como por ejemplo el patriotismo en la Gran Guerra del 14) y lo eche todo a perder. Esto sucede porque en nuestra sociedad la pasión/emoción, en general el mundo de los afectos, ha sido construida como mucho más fuerte que la razón. Recordemos que la emoción dota a la persona de su humanidad, cosa que no hace la razón, ya que esta puede ser poseída por un organismo artificial como los ordenadores. –La mala noticia es que los ordenadores en este fin de siglo también son ya emocionales (Picard, 1998), cosa que significará que como mínimo, las emociones se aprenden–

Los afectos siempre han sido mucho más importantes, de manera que en el momento de enfrentar, como se tiende a hacer (el texto de Bourdieu es un ejemplo entre miles) razón a pasión, la razón tiene siempre las de perder. Este desprecio de los intelectuales a lo emocional viene dado

²³ Por ejemplo: "...Creo que estaría bien si pudiéramos eludir la aproximación apasionada y emocional (...) ¿Y como discutir sobre todo ello de forma racional, desapasionadamente?..."

²⁴ Es interesante la propuesta de Emma León sobre la racionalidad. (León, 1994).

por su misma construcción, puesto que se ha considerado de origen individual, solo puede introducir ruido subjetivo en el conocimiento objetivo, su origen inferior en la escala evolutiva solo puede contagiar el conocimiento con restos de animalidad, su situación de estrecho contacto con el cuerpo solo puede mostrarse inadecuado para el trabajo del espíritu. Eso ha provocado una gran desidia a la hora de estudiarla como el fenómeno social que es, se ha dejado en manos de fisiólogos el pontificado en cuestiones emocionales, de manera que la vocación de mecanismo de control social de esta construcción de las emociones-pasiones, ha quedado oscurecida. Pero si no se analiza el papel de lo emocional, sin despreciarlo, de una forma urgente, cualquier tipo de acción política que se emprenda es una pérdida de tiempo.

“En principio, parece curiosa la exclusión de las pasiones de la definición de afectividad, pero si se considera esta capacidad de arrasar con la razón y el estilo de posesión con el cual se las concibe, es claro que o se habla de individuos que tienen cosas, habilidades, estados y emociones por ejemplo, o se habla de pasiones cuyo perímetro es un cuerpo humano, porque no se puede hablar de una persona mezclada con una pasión; el individuo ya no está ahí cuando se ha ido su razón vencida y dispersa, porque sólo se le ha definido a partir de ésta, porque la propia noción que de sujeto defendemos, implica necesariamente a la razón. Por otro lado, tampoco se puede hablar de la afectividad mezclada con la

pasión porque la afectividad ya no es ese complejo que podría incluir a la pasión, sino ahora es sólo una emoción, que no piensa y va con prisas de dar información importante al sujeto que habita, a diferencia de los viejos tiempos cuando la emoción no se había entrometido y a la pasión se la definía como reflexiva, por que necesitaba tiempo para elaborar sus estrategias de acción.” (Gil, 1995, p. 54).

De ahí que se imponga a la razón, la necesidad de analizar sus fracasos, o lo que es lo mismo, las pasiones que la obnubilaron. Ahora mismo la pasión ya no está de moda en tanto que es demasiado evidente. Su significado nos dice que se apodera del control de nuestras acciones y nos deja totalmente desvalidos. Esto no va en absoluto con los individuos. Los individuos de las democracias a las que apostamos necesitan poder elegir, poder exponerse a las emociones deseadas, poder ir en busca de ellas, poder sacarles el máximo provecho a manera de management y ser los más inteligentes emocionalmente hablando, pero cualquiera que sea la opción, la cuestión es la misma, nuestros individuos actuales quieren ser “activos”, esto los define como tales y por ello buscan emociones fuertes, nuevas y grandes. No pueden asumir la pasividad de las pasiones que construían otro tipo de subjetividad que no se puede consumir hoy en día. Así pues, el individuo de a pie no requiere ni le interesan en lo más mínimo las pasiones, sólo cuenta en su haber con infinidad de emociones, que sabe exactamente lo que pueden proporcionarle, hasta qué punto y cuando hacerlas callar. ¿Por qué iban a

interesarle unas pasiones que no están hechas a su medida y que le invadirían sin siquiera preguntarle por dónde? Las emociones como dispositivo de control social requieren de la libertad individual y de la posibilidad de elegir y hacer el propio destino, de ninguna manera dejarán que una pasión cualquiera y menos una baja, venga y les arrebate el papel protagonista.

La Sociología del Conocimiento Científico curiosamente ha pecado de racionalista, sobretodo con sus métodos etnográficos, puesto que en general no se ve lo que uno no espera ver. Y lo que no han visto a sido la pasión, en cambio ésta ha formado parte del saber que se ha generado. No sólo ha sido la gasolina de los pobres científicos, su energía basal, si no que también ha dado fuerza al mismo conocimiento. Parte de su construcción como intocable proviene de la fe que ha puesto la gente en sus científicos. La imagen del sabio despistado de cabellos canos es la viva imagen de la pasión por la ciencia. Es la imagen que reconforta a quién ha quedado fuera y, francamente, no entiende nada, pero sabe que allí hay gente que se preocupa y mucho. Esto ha sucedido porque la pasión es un residuo de las grandes narrativas, y dónde aún sobreviven, como en la ciencia o en el amor romántico, siguen teniendo cierta fuerza.

Es curioso como al final, un espacio destinado a alejarse de la afectividad, el único espacio en el que tenía la entrada claramente prohibida, acaba siendo el refugio de un residuo afectivo. Puede que esto esté en concordancia con la pasión que invade la academia para salvar a animalitos en extinción, parques naturales o minorías étnicas. De la

misma manera que los que se dedican a ello afirman que deben salvarse como protección de la diversidad ecológica y humana del planeta, alguien debería decirles a los científicos que estaría bien que entraran en sus propios planes de salvación. Ya no quedan espacios tan lindos como las universidades en las cuales impere aún una gran narrativa.

De manera que o bien contamos para deconstruir la pasión como el amor romántico (Giddens, 1992) y su pasión amorosa, hoy traducida a pasión sexual –ya que en estos menesteres a nadie le molesta perder el control ni dejarse llevar– o bien pensamos en la pasión que invade a los académicos como ‘pasión ilustrada’ que les lleva a superar todas las pobres condiciones materiales en que trabajan y que ni la Sociología del Conocimiento Científico (Latour, 1992; Latour y Woolgar, 1979 y Domènech y Tirado, 1998) ha deconstruido hasta el momento.

**Segunda parte. Las Emociones como
expresión de lo social: El uso político de
los afectos.**

Emociones como dispositivo de control social

**Capítulo IV. Consideraciones sobre los discursos
cotidianos de las emociones y sus efectos
políticos.**

La paradoja del discurso sobre la emoción

El principal discurso cotidiano sobre las emociones predica su consustancial inaprensibilidad, su imposibilidad de control y de gestión. Esto se puede apreciar en la vida cotidiana en muchos momentos. Por ejemplo, ante una incoherencia entre un discurso dado –con el cual uno se muestra en general de acuerdo hasta el punto que lo considera suyo, parte de su identidad y manera de pensar– y los sentimientos que acompañan normativamente una situación –lo que se supone uno debe sentir en esa situación– y que también uno considera suyos –por más que ni lo uno ni lo otro lo son– se considera habitualmente más fácil arreglar la parte textual que el sentimiento. Por esta razón una señora catalana visiblemente emocionada ante el paso, por el Passeig de Gracia barcelonés, de la comitiva de la boda entre la Infanta Cristina de España e Iñaki Urdangarín, aclara ante las cámaras que el motivo de su presencia y de su alegría es el hecho que la Infanta de España haya escogido su país para venir a casarse. Ese día mucha gente fue a ver pasar la comitiva, entre ellos muchos que tampoco debían considerarse monárquicos puede que ni tan sólo súbditos de esa familia real en concreto. Pero ¿cómo evitar salir con las amigas a ver en directo algo de lo que se habla cada día? Las andanzas de las familias reales europeas son un gran tema de conversación, para pasar el rato, para tener algo de lo que hablar con los conocidos... En esta ocasión un evento que siempre es mediatizado puede *vivirse*, puede *sentirse*, puede ser *auténtico*. El “yo estuve allí”, es una gran baza en cualquier conversación. Por otro lado,

una vez “allí” ¿cómo evitar sentir la alegría que se supone en cualquier boda? ¿Cómo no *contagiarse*? La ciudad se engalanó, bueno, digamos que el Ayuntamiento lo hizo, pero ésa era la situación, y claro está, las cámaras de la televisión buscaban morbosamente registrar el apoyo de Barcelona, la capital de Cataluña, a la familia Borbón, algo francamente inusual en los últimos 300 años. La señora del ejemplo no es ingenua, sabe lo que quiere la televisión y no está dispuesta a dárselo. Pero tiene un dilema, la emoción que siente es *auténtica*, como la situación, eso no lo duda, pero la posee también un discurso que le produce ‘disonancia’: ella es catalanista –el morbo de la reportera seguramente se lo ha recordado– y como buena catalanista no puede permitirse determinados sentimientos que como buen ser social, como buena ciudadana, como buena amiga de sus amigas, no puede permitirse no tenerlos. Y tanto siente que los tiene, que finalmente la razón se impone: un ligero toque retórico le salva la cara, no ante los otros, sino sobre todo ante sí misma, ante sus creencias, su voto, su ideología, ante su individualidad –la cual exige esta coherencia–. Finalmente, la elaboración de un texto ad hoc le facilita la comprensión de lo que ha sucedido. Está contenta porque la Infanta se ha casado en su país. Su solución es brillante e impecable, en un solo giro ella puede sentir lo que siente, porque la Infanta es alguien importante que honra su país, escogiéndolo para su boda, y puede mantener su catalanismo ya que se dice que el país de la Infanta y el suyo NO son el mismo. Su ideología estaba en peligro y consiguió salvarla, pero su sentimiento nunca estuvo en peligro. ¿Por qué esta diferencia de trato? Porque el sentimiento *siempre es más auténtico*. El discurso sobre los sentimientos predica que éstos son verdaderos, esenciales, que reflejan de verdad lo que uno siente, que son

inmodificables. El discurso sobre el discurrir presenta a éste como mucho más flexible, más voluble, sujeto a la posibilidad de decir la verdad, pero también de mentir. El sentimiento no engaña, no miente, el texto puede hacerlo, nos puede hacer creer cosas que no son.

Festinger encontró algo parecido en tiempos de la disonancia cognitiva, pero el concepto de actitud lo traicionó y acabó enterrando la disonancia. La actitud era demasiado compleja para la simplicidad de las explicaciones que la acompañaban. Y no estaba mal, no señor, al fin y al cabo tenía algo de lo que hablamos actualmente, un nivel afectivo y un nivel discursivo²⁵ mal delimitados, demasiado ambiguos para el gusto de la época, pero por esta misma razón juntos, al fin y al cabo. La idea que lo afectivo y lo cognitivo no se podían separar, se pierde a medida que triunfa el discurso interior de las emociones, lo cuál paradójicamente, las separa del discurso. En resumen su a-discursividad, por no decir, de momento, su anti-discursividad, acaba siendo su principal característica. Una paradoja, su principal discurso es su falta de él, pero que permite

²⁵ El modelo tridimensional de la actitud postula tres niveles, llamados componentes, el componente afectivo, el cognitivo y el conductual. Para mi argumento de ahora, este último no importa, pero de todas maneras, quiero hacer ver al lector que el nivel conductual carecía de sentido ya desde su nacimiento, puesto que en el modelo cartesiano de persona con el que trabaja la teoría de las actitudes solo puede ser consecuencia de los movimientos de los componentes afectivo y cognitivo. Creo que su postulación solo se puede entender como una reticencia del cognitivismo a romper del todo con el conductismo y por lo tanto con la parte "visible" de la mente humana.

situaciones como las del ejemplo, en la cuál la vivencia de separación es tan radical que provoca que la elaboración de un discurso completamente nuevo, que explique la experiencia, sea mucho más sencilla que cuestionarse la propia emoción. Que sea más difícil dejar de estar contento que elaborar una compleja argucia retórica que le salve a uno la cara, es una muestra de cómo la emoción ha acabado siendo la verdad verdadera y el texto un mero apéndice para legitimarla. La necesidad de coherencia del individuo moderno ya no es, en este fin de siglo, un problema de disonancia entre cogniciones sino tan solo un problema de legitimación discursiva de las emociones, de las cuáles se oculta su carácter normativo, social, convirtiéndolas de hecho en un instrumento de control mucho más poderoso que la ideología o la moral, tan relativizadas en la postmodernidad. Cuánto más se han debilitado las grandes narraciones de la modernidad, más se ha establecido y fortalecido un discurso sobre las emociones que esconde su carácter discursivo para enterrarlas en el lado más primitivo, más animal, más auténtico y menos cuestionable, del carácter humano.

Este dispositivo, en otras ocasiones, si no se es muy hábil con la retórica, como la señora del Passeig de Gracia del ejemplo anterior, provoca serios descalabros como en tantos intelectuales de izquierda que se sintieron profundamente conmovidos por la muerte de Lady Di sin poder explicarlo. ¡Qué vergüenza! ¿Cómo encajar ese golpe? Paradójicamente, mientras las lágrimas resbalaban por las caras de los más republicanos, éstos miraban a su "interior" para comprender ¿Por qué ellos? ¿Qué se había descompuesto en su ideología o sus

principios? ¿Cómo, cuándo y por qué habían cambiado así de repente sus más profundas convicciones? La trampa estaba en considerar que el sentimiento, al surgir de las profundidades del individuo, tenía algo que ver (¿por ósmosis?) con las convicciones más profundas de uno mismo. Seguramente porque al igual que la emoción, estas convicciones están conectadas con un orden ético cósmico, eso sí, de orden superior. He aquí un punto de contacto curioso entre dos discursos, el uno en extinción y el otro en formación, y de aquí la facilidad de pasar del uno al otro. La gran narrativa también se consideraba a sí misma universal. De ahí la facilidad del cambio de camisa, pasar del comunismo al humanismo sólo es pasar de un Universal a otro. Si estos intelectuales hubieran mirado al exterior en lugar de al interior, es decir, si hubieran puesto atención a la situación, se hubieran dado cuenta que había un guión de novela rosa, y que de ahí surgía, su abrumadora tristeza. Era el cuento perfecto, una jovencita, ilusionada con la figura del príncipe y con la posibilidad de ser princesa, una pobre víctima de la realeza malvada que quería una tapadera para sus sucias relaciones ilegítimas, que a pesar de todo salió adelante, demostró su casta y su nobleza –interior– y se convirtió en la “Princesa del pueblo”, preciosa, buena y exquisita... quién puede resistirse a esta historia, si no se llora con su muerte injusta, prematura y “probablemente premeditada” o causada por intereses egoístas como los de la prensa del corazón, es que no se es de este mundo... pero sobre todo es que no se es individuo –moderno y romántico– y por ello, hasta los más críticos sucumbieron...

Dice Lupton (1998) que el discurso sobre las emociones al igual que el discurso sobre la naturaleza o el cuerpo, las hace aparecer como lo auténtico. Por ello se nos alienta a mostrarlas para que seamos más naturales y verdaderos -y no falsos como lo social, connotando negativamente así lo que aprendemos socialmente, que es considerado como un conjunto de máscaras que ocultan una supuesta verdadera naturaleza. Las emociones son pues lo no maleado por la sociedad, lo dado y con lo cual nacemos, lo no regulado, a diferencia de lo social que sí que está regulado y aquí es donde se justifica el control, el poder y la jerarquía. Se supone que les necesitamos para ser civilizados y personas que se comporten en sociedad, nuestra naturaleza si no, nos llevaría a ser salvajemente naturales. Las emociones requieren pues, ser controladas propositivamente, de lo contrario podrían ponernos en situaciones embarazosas o incluso humillarnos, amenazando nuestra autonomía, nuestro auto-control, independencia e individualidad. Es decir todo lo que se valora como positivo, con lo cual nuestra vida constituye una lucha en contra de nuestra propia naturaleza, para dominarla, conquistarla y someterla a la razón civilizada que nos permite vivir en sociedad jerárquicamente acomodados.

La emoción garantiza al individuo la posesión de la verdad, una verdad que uno está dispuesto a relativizar puesto que sabe que es individual, subjetiva, pero que no por eso es menos verdad. Que la postmodernidad relativiza las grandes verdades universales, muy bien, el capitalismo lo admite, pero con una condición, que no sean sociales sino individuales. La emoción cumple muy bien su encargo, legitima los

deseos del individuo, –obviamente deseos de consumo– al entender que estos surgen de su interior. La emoción es auténtica, no depende de la sociedad aunque se relacione con ella, por lo tanto no es falsa. Lo social es una máscara, los textos son tramposos, nos pueden hacer ver cosas que no son, hasta construyen la realidad, lo cuál es el colmo. Pero de la emoción no se puede hablar, no se puede compartir, es íntima, es privada... si nadie te la puede cuestionar, si nadie está legitimado para decirte cuáles son tus verdaderos sentimientos –excepto la policía de la afectividad que son los psicólogos, útiles para emergencias como el descontrol y el desorden²⁶– entonces es la prueba de la autenticidad de nuestra vida individual, nos demuestran que existimos, que somos, y Descartes sobrevive en un “siento luego soy” más que en su tradicional “cogito”.

²⁶ Todo sistema de control requiere una policía. Dado que la emoción no es social, ninguna persona puede cumplir esta función. Por esto el psicólogo no es un consejero sino un intérprete. Alguien que te guía hasta las profundidades de tu ser, que no te dice quien eres sino que te ayuda a descubrirlo por ti mismo, que te acompaña en el renacer que supondrá el descubrimiento final de lo que eras de verdad y que desgraciadamente la sociedad, familia, estado..., reprimieron por no quererte tal y como eras. La búsqueda de la autenticidad que establece el psicólogo en su régimen de normalización y de disciplinarización del yo, es ahora más fuerte que nunca porque no reconoce los valores con los que trabaja. El individuo finalmente descubierto no será ni bueno ni malo pero será auténtico.

El consumo como emoción

La emoción del consumo sirve adecuadamente a su fin de mantener el engranaje de la economía rodando. Cuando los economistas utilizan su modelo preferido, el "homo economicus" hinchado de racionalidad, no se dan cuenta que éste ya acabó, que pudo ser útil cuándo se trataba de explicar conductas de supervivencia en un entorno hostil, pero que no puede explicar cómo se comporta una persona creada en el consumo. Para el consumo se necesita la emoción. Una nueva especie: el "homo emotionalis****" se adecua más a la nueva situación. Tiene que ser alguien que sienta que lo que desea es su ley, que nada puede interponerse entre él o ella y sus deseos. Inmediatamente el avisado lector ha intuido que si esto fuera cierto se viviría una situación de caos y anarquía insostenible. Es un razonamiento lógico, para alguien formado en la moral cristiana, alguien que considera que la moral sólo puede surgir de la contención del deseo. Pero la nueva situación tiene su moralidad – aunque cabría pensar si este concepto es el más adecuado para describir el hecho de que la gente cumple con ciertas normas elementales de convivencia – una moralidad basada en el hecho de que el deseo no surge de nuestro fondo más animal, sino todo lo contrario, surge de nuestro lado más social. Cuando alguien veta una acción que considera impropia en un niño le explica que las personas no somos animales y que por esta razón no debe comportarse como tal²⁷. La buena

²⁷ Al cabo de unos años éste mismo niño justificará su irrefrenable impulso sexual ante la novia desganada o con dolor de cabeza,

educación es un producto humano que debe limitar el deseo animal de hacer lo que uno quiera, cuándo quiera. Todo esto deja de ser un problema cuando se comprende que el deseo solamente puede surgir de lo social, uno desea helados de limón o chocolate, no desea comer, desea que le hagan una felación o un cunnilingus, no desea copular. Con lo cuál el deseo nace ya con una carga moral inserta en su propio discurso. Por esta razón el economista no debe preocuparse de que su hombre modelo no sea racional, al contrario, su irracionalidad es precisamente lo que le impulsa al consumo. El consumo se sostiene sobre una capa de emotividad que lo convierte en la experiencia postmoderna más verdadera. El individuo se siente vivo, pleno y feliz en el consumo porque éste es la emoción.

Tal y como comenta Deborah Lupton en "The Emotional Self":

La relación entre las personas y los objetos y lugares está a menudo saturada de emociones. Publicistas y mercaderes evocan deliberadamente emociones en su audiencia para incitarlos a comprar sus productos y experiencias. Los estados emocionales acompañan el deseo o el anhelo de algún objeto que no hemos adquirido aún o de alguna experiencia que nos gustaría probar. Los

basándose en el hecho de que efectivamente es un animal y ¡qué se le va a hacer!

objetos se usan para alterar estados emocionales o estados de ánimo promoviendo relajación o excitación. Algunos objetos actúan de mediadores en las relaciones sentimentales entre las personas. Enrolarse en ciertas actividades de ocio es un recurso para vivir emociones intensamente, una oportunidad para la gente de superar por un momento las normas, las constricciones y el autocontrol, aunque de manera colectiva y controlada. A un nivel más fundamental, a través de la apropiación incorporamos los objetos en nuestra subjetividad con el consumo, el uso diario y la memoria. La relación emocional que tenemos con dichos objetos implica su antropomorfización ya que los investimos de las mismas emociones que tenemos con otras personas o al menos albergamos hacia ellos la misma clase de sentimientos y vínculos y sufrimos igualmente si los perdemos. Los espacios y lugares están profundamente entrelazados con nuestra vida emocional y podemos desarrollar fuertes vínculos con ellos. Nos volcamos en nuestras cosas y en los espacios y lugares que habitamos y a través de los que nos movemos y viceversa, las cosas, los espacios y lugares nos conforman, a nosotros, nuestros cuerpos y nuestras emociones.(pp.. 165 y 166)

Y si no, ¿cómo pueden utilizarse las mismas palabras para hablar con tus amantes y para describir champús, detergentes y leches en tetra brik? Me parece que con ello no es que se trivialicen los sentimientos, al contrario se los llena de contenido, uno quiere a su amante como quiere a un champú. La promesa del producto es también la promesa del amante. Con la diferencia de que el amante es más voluble, puesto que también tiene un interior que te puede fallar, mientras que el producto siempre es el mismo. En este sentido el producto es más interesante. La compra compulsiva es descrita por algunos psicólogos como una conducta sustitutiva de relaciones, afectos, amores o querer varios, pero esto no es cierto, es una conducta constitutiva de todo ello. La compra compulsiva surge de la comprensión de que el consumo constituye la garantía de una vida afectiva plena. Otra cosa es que el psicólogo considere, desde una moral mucho más racionalista, que esto no es manera de vivir, pero esto es un prejuicio moral.

Más discurso sobre las emociones. (O todo lo que Lupton dijo y usted no pidió saber).

En un apartado como este lo que debiéramos saber es: lo que piensa la gente que son las emociones, cómo dice que las experimenta, de dónde cree que vienen, si cree que deben controlarse y si es así cuáles son las más difíciles y más fáciles de controlar, si es que la gente se diferencia por la manera en que siente y expresa sus emociones, qué pasa cuando no se expresan, para qué sirven, cuál es su experiencia particular al respecto, si se consideran a sí mismos personas "emotivas"

y/o han perdido el control de sus emociones alguna vez, su recuerdo más reciente sobre una experiencia emocional intensa y finalmente si hay algún patrón de expresión de las mismas que caracterice a su familia; todo esto parece muy razonable, y esto es lo que literalmente Deborah Lupton (1998) ha preguntado y explicado en su libro *The Emotional Self*. La cuestión aquí es que además de poder comentar sus hallazgos o los de cualquier otro estudio al respecto, es importante comentar cómo las propias preguntas juegan con el implícito de que las emociones son susceptibles de ser controladas: que la manera de expresarlas y experimentarlas genera una identidad diferenciada de los otros y ello nos proporciona el carácter de individuos autónomos; que dejan marcas en la memoria; que es algo que se tiene que sacar fuera porque dentro se pudre y nos provoca enfermedades emocionales; y que parece que hay ciertos patrones sociales, o al menos de acuerdo con este estudio familiares, que regulan su expresión. Estos implícitos justamente son los discursos cotidianos sobre las emociones. El guión del magnífico trabajo de Deborah Lupton ya es en sí un magnífico resumen del discurso sobre las emociones.

Vale la pena repasar sumariamente lo que la autora encuentra en su investigación –con sujetos australianos de etnia anglosajona– en primer lugar sobre qué es o qué son las emociones: la emoción como medio de expresión de uno mismo, las emociones como señales o mensajes de los propios pensamientos o sentimientos, las emociones como señal de autenticidad del individuo, las emociones como recurso personal, las emociones como esencia de lo humano, la emoción como parte esencial

de la vida, la emoción como primitiva, la emoción como lo opuesto a la razón. Hay que destacar que se pueden distribuir estas nociones en dos grandes grupos, la emoción individual y la emoción universal. Cabría seguramente pensar que la primera no contradice la segunda y que probablemente podría pensarse como un subgrupo de la segunda. Es decir que la emoción es vista siempre como un universal, una característica del ser humano, que se actualiza a cada momento en todos y cada uno de los individuos de la especie, otorgándoles pues su característica "humanidad". Por lo tanto la emoción es la prueba de la existencia (en el fondo de toda persona) de un residuo de humanidad. Es la denominación de origen de todo individuo, garantiza que el susodicho pertenece a la especie en cuestión. Cabe destacar la última característica, su oposición a la razón es la característica que definitivamente asegura que todos los humanos lo son, pues no demanda ningún ejercicio cognitivo sujeto a variación cultural. En este sentido, el sentido común considera que por lo que a emociones se refiere, la torre de Babel nunca existió.

En segundo lugar, encuentra discursos relacionados al cómo se genera la emoción: las emociones que provienen del self/cuerpo, las emociones como producto del pensamiento, la emoción como respuesta instintiva a un estímulo, la emoción como la interrelación entre mente y cuerpo, la emoción como parte del alma, la emoción como el producto de la experiencia y del aprendizaje. Como se puede ver sólo en último lugar se considera la posibilidad de que la emoción pueda no ser tan universal, y aún así, no se garantiza su relatividad cultural por promulgar que se

deba aprender. El discurso del cual se extrae la conclusión plantea experiencias “universales”: ser persona, tener familia, pertenecer a una etnia, vivir en una cultura... parece como si nacer, tener mamá y papá y abuelos, empezar a caminar y a decir gu gu tata, fueran “las verdades universales de niño” que pocos occidentales se cuestionan, así que el aprender de los padres ¿de quién sino? las primeras expresiones emocionales, puede ser considerado un universal. Aún y así, el discurso (ver Lupton, 1998, pàg. 43) asume que al menos hay una parte aprendida: la ¡etiqueta! Lo cuál deja la “esencia” de la emoción intacta en su supuesta universalidad.

La gente emocional es descrita en esta investigación como: compasiva, sensible, demostrativa, expresiva, abierta y capaz de experimentar sentimientos intensos, pero también gente que a veces está a merced de ellos, gente irracional y sin control. En general se mantiene que uno tiene que expresar las emociones más que guardárselas, excepto cuando éstas son negativas y destructivas porque puede herirse a los demás. Demasiado control sobre las propias emociones es visto como dañino en potencia, no auténtico, artificial y poco honesto. Aquí aparece otra vez el tema del control. El discurso oficial sobre la emociones propone que éstas deben ser controladas para que la vida social sea posible – otra vez la idea de la animalidad por debajo de la emoción – distrayendo la atención sobre lo que debería ser el principal objeto de análisis, la emoción en sí. Me explico, el control social está en la misma emoción, no en la concepción que se tiene de la emoción, no en lo que se explicita que es, no en su discurso oficial explícito, sino en los

implícitos del discurso. El discurso oficial sobre la animalidad de la emoción y su necesidad de control es un ejercicio de distracción. Una estrategia que sitúa la preocupación en el control de algo que no es cuestionable en sí mismo. Los libros de autoayuda, best-sellers desde hace años, incluyendo la Inteligencia Emocional de Daniel Goleman, son libros de management de las emociones, son libros para aprender a controlarlas, a comunicarlas adecuadamente, a reconocer las situaciones propias e impropias... el implícito es que la emoción es intocable en su esencia y que por lo tanto lo que hay que hacer es gestionarla. Vaya, como quien quiere domar un león sin que por ello deje de ser un león, porque en ello radica el espectáculo. Obviamente un león domado ya no es un león, pero es necesario que el espectador siga creyendo que lo es para mantener la tensión, ya se sabe que el espectáculo ha de continuar. Con las emociones pasa lo mismo, se gestionan, se dice que se deben gestionar, pero manteniendo al mismo tiempo un discurso sobre su lado salvaje y primitivo nunca domesticable. Esta dualidad permite su función primaria de instrumento de control social. Cuando es requerido por las telenovelas y culebrones, el consumo o la guerra, la emoción puede desplegarse salvajemente y sin control, cuando no, ésta debe ser controlada por el bien de la sociedad en paz. La persona que se describe en estos discursos como emocional cumple exactamente estos requisitos, adecuada para la socialidad (compasiva, abierta, expresiva...) pero con una capacidad para el descontrol legitimada por la esencia de lo que es la emoción.

En cuarto lugar se dijo que hombres y mujeres son socializados de manera diferenciada en cuanto a la expresión de las emociones y que los hombres están necesitados de expresar su ternura, o su susceptibilidad más abiertamente. Pues efectivamente es con el hombre, tal como ha quedado constituido en la masculinidad moderna, con quien tropieza ahora la sociedad de consumo. Su excesiva racionalidad, útil para otros tiempos, es ahora una molestia, no sabe usted lo que le cuesta dejarse llevar por el consumo. El nuevo programa busca insertarle a este antaño hombre racional, un cúmulo de emociones más adaptadas al mundo contemporáneo sin que por ello se pierda su bestialidad, por si acaso se ofrece para alguna que otra guerra a la vuelta de la esquina, nunca se sabe.

Un discurso recurrente es el de las emociones como entidades fluidas, afectadas por la temperatura y la presión. En las descripciones de la experiencia emocional y el cuerpo, es recurrente la metáfora mecánica del cuerpo, sobre todo en relación a las consecuencias de una represión emocional, pero también las que representan las fronteras del cuerpo y la voluntad como contenedoras de las emociones fluidas que tienen dentro. Consecuentemente en la investigación de Deborah Lupton, las emociones fueron representadas metafóricamente de manera dominante con: dentro/fuera, arriba/abajo, caliente, frío o tibio, oscuro/brillante. Las personas se definieron de la siguiente manera de acuerdo a cómo sienten y expresan sus emociones: abiertas o cerradas, duras o suaves, cálidas, frías o tibias y húmedas o secas. Esto confirma la posición dominante de que las emociones se tienen en el interior, que deben ser controladas

hasta cierto punto, siendo el cuerpo el contenedor y la voluntad la puerta de este contenedor, de manera que quien expresa sus emociones de manera adecuada, abre su puerta sin violencia excesiva – está abierta y suave – para dejar pasar una corriente de humanidad – calidez y humedad –. Si uno no se abre emocionalmente a los otros, si cierra su puerta, es visto como un ser no-social, un no-humano, puesto que la emoción dota de humanidad a la persona – uno de los entrevistados utiliza una frase tópica: “si no tuviésemos emociones seríamos como robots” – Entonces se es cerrado, duro, frío y seco: como un robot. La imagen del robot es aún dominante en el discurso popular de las emociones, parece que la ambigüedad del cyborg tan presente últimamente en las ciencias sociales, aún no goza de tanta popularidad en el terreno del sentido común. El robot es directamente la antítesis fantástica de lo humano. Representa la racionalidad hecha extremo. En las series de televisión o películas de ciencia-ficción la imagen más tierna, la que despierta más sonrisas de compasión, es siempre la del robot intentando sentir. Asimov proclama las tres leyes de la robotica²⁸ porque alguien que no tiene emociones sólo puede ser regulado por ley, mientras que las utopías humanas siempre son las de la sociedad sin ley, autorregulada por los buenos sentimientos de sus miembros.

Como vemos, el discurso de la emoción oscila entre su extrema animalidad y su extrema humanidad. La emoción, con control, puede

²⁸ Asimov, I. (1984). *Los robots*. Barcelona: Martínez Roca, 1942.

substituir las leyes de la sociedad. Pero su carácter construido parece escaparse al discurso común.

Históricamente hablando, hace apenas unos cuantos años que el hecho de no expresar las emociones se considera poco saludable, pero al mismo tiempo es un discurso que como envuelve nuestra vida cronológica nos parece obvio, tanto, que ya casi nadie recuerda que no expresar los sentimientos era de buena educación entre la gente noble. O simple falta de autenticidad o un acto deshonesto e inmoral. También Lupton (op. cit.) encontró algo de esto y apunta una diferencia generacional en ambos sexos en cuanto a la expresión de emociones. La gente mayor dice, no se muestra tan dispuesta a expresar sus emociones. Y aunque las personas se caracterizan a sí mismas como emocionales y no emocionales, también reconocen que la gente cambia a lo largo del tiempo y que a medida que van envejeciendo se vuelven más y más emocionales, sin por ello perder el control de la situación, es decir la regulación de su expresión. Efectivamente la emoción es una cuestión moral, ahora lo moral es la salud y el cuidado del cuerpo y por ello lo importante es no enfermarse por quedarse dentro las emociones... el problema es que una cuestión de salud corporeizada nos deja sin capacidad de actuar sobre nuestras emociones y con la convicción de que no podemos hacer nada humano por transformarlas, a lo sumo

medicarnos. Curiosamente ya Vigotsky en 1931 se dio cuenta de ello.²⁹ Aunque para él el problema era evolutivo, no podía concebir que la afectividad quedase apartada del desarrollo humano (desarrollo del niño y desarrollo de la especie), y por lo tanto criticó duramente las teorías jamesianas, por no considerar que la emoción no es sólo un cúmulo de reflejos sino un campo de sentido.

En sus conclusiones Lupton comenta como el cuerpo se ha construido como contenedor de emociones que necesitan ser vigiladas y controladas. Aunque, como bien dice, ciertos "body/selves"³⁰ se consideran menos capaces que otros de controlarlas y de dejarlas fluir al

²⁹“Por extraño que pueda parecer, nadie ha señalado hasta el momento el hecho de que la teoría James–Lange constituya una teoría de las pasiones innatas. Las manifestaciones corporales –fuente y esencia de la experiencia emocional– sobrevienen por vía puramente refleja. Como todos los otros reflejos, son reacciones innatas del organismo, preestablecidas y preparadas a lo largo del curso del desarrollo zoológico y embrionario. Son inherentes al hombre, en virtud de la estructura de su organismo y propiamente hablando, excluyen toda posibilidad de desarrollo (...) “De esta manera la teoría visceral, tanto en su creador Descartes, como en sus involuntarios continuadores [James y Lange] no sólo desdeña el problema del desarrollo, sino que de hecho, resuelve este problema en el sentido de una negación total y absoluta de toda posibilidad de una evolución emocional del hombre. Es la conclusión inevitable que se saca de las teorías de las pasiones innatas.” (Vigotsky, 1931, pp. 342 y 346).

³⁰ Lupton usa la noción dual de body/self para que quede claro que no se olvida de ninguna faceta, a partir de aquí y para ahorrarme

mundo exterior. En el contexto de la cultura occidental – quiere decir anglosajona, (sic) – estos cuerpos son los de las mujeres, las personas no blancas, los pobres y la clase trabajadora. La posición que tienen como cuerpos menos civilizados y como depositarios de miedos y ansiedades sobre su grotesca naturaleza han contribuido a su desventajosa posición social en comparación con las personas que se han considerado más cercanas a lo civilizado, es decir hombres burgueses británicos o centro-europeos. No es entonces de extrañar que encuentre el 'dato' de que los hombres en situaciones de poder pueden ver reforzados sus despliegues de sensibilidad mientras que hombres o mujeres en situaciones de menos poder no. En la línea de lo que vengo exponiendo esto refuerza la profunda relación entre la noción de emoción y de control social. El discurso del control de las emociones refuerza que se deban emprender acciones de control externo sobre las personas que no son capaces de mantener este control por cuenta propia. Así, los dispositivos de fuerza que se utilizan contra niños, mujeres, pobres, delincuentes, viejos, enfermos mentales... se justifican por la falta de autocontrol emocional de estas personas. Los ya clásicos dispositivos de encierro (el hogar para la mujer, la escuela, la cárcel, las residencias, los albergues, los manicomios, los centros de acogida, los campos de refugiados...) vienen legitimados por el discurso sobre las emociones, al mismo tiempo, que como vio Foucault (1975), sirven para la constitución de cuerpos que controlen la expresión de sus emociones.

cacofonías, usaré la traducción "persona" y dejaré para el lector el trabajo

Por lo que hace al género, Lupton detecta como se espera que la mujer aspire al ideal de controlar sus emociones y ser autónoma aunque tenga que asumir la doble carga de trabajo. De los hombres en cambio se espera que tengan ahora una fuerte presencia en la familia a nivel emocional y por ello se les exhorta a expresar sus emociones. Hay una convergencia entre el ideal de la emotividad masculina y femenina. Una persona completa y 'desarrollada' se considera aquella que es capaz de combinar la intimidad y expresión emocional femenina y la independencia y competencia masculina. Sin embargo, las mujeres que van 'demasiado' lejos con su agresividad, racionalidad y falta de pasión en su trabajo³¹ se cree que sacrifican su feminidad actuando como hombres, también las mujeres que deciden no tener hijos o dejar su cuidado mayoritariamente a su pareja, son vistas como sospechosas. El hombre que tiene poco interés en el trabajo y que prefiere dedicarse al cuidado de los hijos o que va demasiado lejos adoptando el modelo de 'nuevo hombre sensible' es ridiculizado o convertido en el blanco de críticas por afeminado. Aunque se ha conseguido el consenso en que la emocionalidad en el hombre es legítima, ello no ha restado ni un ápice de sus connotaciones negativas

de no olvidarse ninguna de las facetas de lo que es una persona.

³¹ La mujer debe mostrar pasión en su trabajo, pues en ello radica su naturaleza, ya sea que se trate de la sucursal de un banco o del cuidado de los niños de la vecina. Al hombre sólo le corresponde mostrar interés, y de hecho el apasionamiento laboral puede ser considerado una desviación ilegítima del objetivo de proveer a la familia, puesto que tanto la mujer como los niños necesitan de la presencia de la "figura paterna" que les vigile de cerca, lo cual es su verdadera misión.

de cuando ésta pertenecía en exclusiva a la mujer. Esto último es muy importante, se dice siempre que por haber pasado al hombre la afectividad ha recobrado dignidad, con lo cual asumimos que lo positivo, bueno o deseable sigue siendo lo masculino, o como mínimo lo que esté avalado por ello.

Más que interesarnos saber qué es la emoción dentro de la psicología o dentro de la psicología social o de la filosofía, o de la lengua, es decir, de cuáles son sus definiciones lo que es interesante de las emociones o de la afectividad, como querría llamarla en este trabajo, es el hecho de que su propia explicación, narración y definición para con nosotros mismos y los otros es el propio proyecto de subjetividad social en construcción. Es el como se va definiendo lo colectivo o en nuestro caso, el individuo o la persona. Evidentemente aquí y ahora una emoción implica sensaciones físicas, el cuerpo y demás reacciones biológicas, pero el hecho de que interpretemos esto como una emoción es prueba de su construcción social, porque no hacemos lo mismo con la sensación de hambre o picor porque el contexto nos dice si es hambre o es que hemos visto al amor de nuestra vida.

Según Lupton, vivir en un mundo cambiante e incierto, tener unas emociones que nos definen como personas, que configuran nuestros yo, da una sensación de estabilidad y permanencia, pero al mismo tiempo el hecho de que sus significados cambien continuamente quiere decir que es difícil mantener una coherencia y una imagen de la propia subjetividad. Yo más bien creo que en tanto que hemos asumido las diferentes

emociones que experimentamos como parte de nuestra rutina diaria, difícilmente las cuestionamos, problematizamos o pensamos siquiera en ellas. Gestionarlas es la vida misma de la que cada cual se ocupa, ¿acaso hay un sistema de control más eficaz? Encima nos sentimos impelidos a perfeccionarlas, conocerlas (con psiquiatras y manuales de autoayuda varios) e invertir lo que sea para poder vivirlas y experimentarlas en plenitud, ello es para hacer una vida que valga la pena de ser vivida. Nos inquieta sentir algo que no podemos catalogar fácilmente como una emoción conocida, porque ello puede ser peligroso, o síntoma de que no estamos siendo auténticos, o de que nos estamos engañando a nosotros mismos, o de que no estamos en consonancia con nuestra naturaleza, o de que se nos revela el monstruo que llevamos dentro y que no conocíamos pero que tarde o temprano sale a relucir; como no sentir el instinto maternal por ejemplo y no sentirse culpable. Ahora sabemos que se espera que estemos en contacto con nuestras emociones, que las dejemos fluir, pero también tenemos que conocer las emociones de los otros, y charlar de ello constantemente. Tarea ya conocida de antaño por las esposas que siempre han insistido a sus maridos en hablar de lo que les pasa, de cómo sienten las cosas y que sus compañeros nunca han llegado a adivinar siquiera qué es 'eso' de lo que hay que hablar.

Claro está que esta función de control social tiene sus ventajas. Las emociones se viven como la posibilidad de trascender la jerarquía y las normas momentáneamente, como un respiro en el control y la regulación, vaya como el fin de semana necesario para el capitalismo, que necesita

reponer fuerza a su mano de obra para que pueda trabajar el resto de la semana de sol a sol. Según qué vidas, ciertamente se necesitan reponer muchas energías y por ello también se busca sentir y experimentar emociones de la manera más intensa posible para ser uno mismo. En nuestra sociedad el amor es considerado la emoción que justifica y da significado a la vida, casualmente la emoción que se ha construido como más individual y despolitizada de todas y la que nos hace vivir en islas de parejas y olvidarnos de la sociedad y del mundo entero y la que nos refuerza más la imagen del mundo interior de cada uno. Lupton dice también que siempre buscamos vivir aquellas emociones que supuestamente nos proporcionarán una sensación de que podemos relajar las normas, que son aquello que nos da un respiro al deber ser que nos impele constantemente. Comentaba un día con mi pareja que cuando nos sentamos a escoger una película de nuestra caja de videos pendientes, siempre decimos que se nos antoja ver una película ligera que nos relaje y nos saque fuera de nuestras obligaciones, lo vivimos como una travesura y una distracción de lo que deberíamos hacer o desear y no ese consumo de emociones fáciles y banales que nos agradan tanto. Por ejemplo, como 'primer impulso' nunca decimos que queremos ver una película dura o que nos haga pensar, cuestionar y reflexionar críticamente, cosa que estaría más acorde con nuestro rol de psicólogos sociales críticos³². Las emociones que 'realmente nos relajan'

³² Al menos como lo plantearon con su característico entusiasmo de principios de los setentas, los primeros psicólogos sociales críticos (por

en este fin de milenio, tienen que ver con el abandono del cuerpo, con el dejarse llevar y alejarse de las rutinas y la vida productiva como con el sexo y las drogas. Algunas de estas actividades pueden hacerse individualmente pero suelen ser cosas que se hacen en grupo. Es curioso cómo hasta en las emociones más individualistas y egoístas se necesita de otros para producirlas.

Puede parecer muy claro que hay unas emociones que son mal vistas que no deben expresarse y que son foco de una especial vigilancia, tales como el odio, la ira, la rabia, la envidia, la agresión, la soberbia, etc. pero según mi opinión está muy claro que nuestra sociedad competitiva promueve estas emociones y lo que promueve no es que no se sientan o se alberguen si no que no se digan en público y se controle su expresión explícita e intencional, lo cual las construye como muy fuertes, importantes, incontrolables, pero sobre todo poderosas y destructivas e individualiza todas las condiciones y situaciones de frustración en los individuos, haciéndolos culpables de 'sentir' esas cosas horribles de los otros y olvidando así las causas que provocan dichas situaciones. Así la culpa de que uno pise al otro no es de la competición monstruosa a la que es amablemente invitado a participar, si no de los sentimientos mezquinos de un tipo avaricioso. Esta misma tendencia provoca que se identifique a ciertos grupos de Estados Unidos como especialmente propensos a la violencia y la rabia –favorecidos por las 'terribles'

ejemplo los que se encuentran en Armistead, 1974 o en Strickland et alii, 1976)).

condiciones sociales en las que viven eso sí que no se niega (!)– pero ello justifica que se busquen grandes medidas y esfuerzos para contener y controlar dicha violencia, recordemos que ‘el hombre es malo por naturaleza’ y que por ello ‘siempre existirán las guerras, y la codicia y la mentira’. La noción de esta supuesta acción del medio ambiente como caldo de cultivo donde florecen los gérmenes de ciertos malos bichos está bastante difundida. Decimos constantemente que la vida moderna nos provoca las emociones indeseables, por ejemplo todo moderno ha de conducir alguna vez en la vida y mala hora cuando tiene que hacerlo porque entonces sí que le sale el monstruo que todos llevamos dentro, un buen atasco le hace aflorar la agresión a cualquiera, logra que la gente se desquite o vuelque todas sus frustraciones. En el discurso cotidiano sobre la afectividad, seguimos pensando que las malas emociones que llevamos dentro encuentran su oportunidad en cualquier momento para salir y hacer de las suyas, no se dice que un atasco es una situación que requiere agresividad como el acto mismo de conducir, que por definición la construye, no hace falta que nadie la tenga dentro, es que de otro modo no te dan el carnet de conducir, siempre te piden más agresividad para conducir, más malicia y menos emociones blandengues como la bondad y la solidaridad.

Finalmente Lupton dice que esto de las emociones es muy complicado ya que ser una persona civilizada implica un complejo control de las diferentes situaciones para poder discernir cuándo se tienen que expresar o reprimir determinadas emociones y por qué las mismas emociones son bienvenidas en un caso y mal vistas en otro. Como ya es

lo último que ella dice, yo también voy a terminar este capítulo diciendo que la complejidad va más allá, ser persona per se implica una gestión de las emociones determinada que te hace justamente una persona, o una masa en ciertos casos y según la época, o un individuo, etc. Cada vez hay una 'gestión' diferente de la subjetividad, hoy por hoy la subjetividad es la gestión de las emociones, eso hace individuos que se relacionan entre sí, que pueden vivir dentro de una jerarquía y sentirse libres y autónomos al mismo tiempo y que nada desean con más fervor que poder ser dueños de su propia esclavitud: poder descubrir y experimentar intensamente sus más íntimas emociones...

Capítulo V. Emociones y afectos actuales como constructores del self: El ejemplo del género

Es común que sobre todo las nuevas generaciones piensen, o al menos digan, que “eso” de la liberación de la mujer es una cosa conseguida y superada hace mucho tiempo y esto es realmente sorprendente sobre todo si pensamos que ni está superado y que tampoco hace mucho tiempo. Es aún más sorprendente cómo, por ejemplo el maltrato por “amor”, sólo adquiere relevancia y realidad en un momento puntual –por ejemplo cuando hace no mucho se convirtió en noticia a través de los medios masivos de información– y cómo ahí se presenta una situación generalizada –las denuncias se cuentan por miles³³– como si fuera excepcional, propia de gente ‘mal de la cabeza’ o ‘ignorante’ o ‘pobre’ que para el caso es lo mismo. Parece que no se ‘ve’ el control que ejercen hombres contra mujeres y aún menos los mecanismos de este control materializados en las emociones que se constituyen en las relaciones entre ellos, todo a nivel de discursos y prácticas corporales, como por ejemplo, el asesinato. Los asesinatos de mujeres tienen poco castigo, en general el sospechoso es rápidamente puesto en libertad condicional argumentándose su falta de peligrosidad social –“sólo” mató a su esposa precisamente porque lo era, por lo tanto ya no matará a nadie más, al menos mientras no se case– y normalmente

³³ Según cifras que aparecieron en medios de comunicación y que no he contrastado, unas 20.000 denuncias por año concretadas en unos 60 asesinatos de mujeres por año, sólo en España.

obtienen condenas más bajas, puesto que pueden acogerse a los atenuantes de arrebató, ataque pasional, ofuscación momentánea o como se les llame en lenguaje jurídico. Esto sería pintoresco si no fuera dramático:

“Un hombre llega a su casa y se encuentra con que la comida no está a punto y con que su esposa está indispuesta. Le golpea produciéndola un hematoma en un ojo. Pocas horas después la requiere para realizar el acto sexual conyugal. Al negarse ésta, el marido la conduce a una habitación, la tumba en la cama matrimonial y, estando ella en posición de acostada, la obliga a ingerir de una vez una botella de anís, lo cual le produce la muerte por asfixia. Inmediatamente, el procesado coge otra botella de coñac para hacer lo mismo, pero al ver que su esposa está inconsciente, no lo hace; se acuesta a su lado y se duerme. Horas después, se despierta y constatando que su mujer ha muerto, sale a llamar a los vecinos a los que dice que el hecho se ha producido por causas naturales... tanto los magistrados que juzgaron el caso en la Audiencia Provincial correspondiente, como los que revisaron el recurso en el Tribunal Supremo estuvieron de acuerdo en que no se debía atribuir al procesado el ‘animus accidendi’ o intención de matar, ya que existió un factor no previsto por él, la

posibilidad de muerte por asfixia... Este caso es especialmente interesante porque se insiste en que el procesado no sabía que su mujer estaba muriendo, no dudaba de que vivía. Se está tratando con una serie de dimensiones subjetivas de la conducta que son difícilmente comprobables, pero que en la sentencia son considerados como hechos probados y con tal fuerza son tratadas. ...Una mujer que da a su hija recién nacida varios biberones seguidos y como consecuencia le produce la muerte, es juzgada sin considerar esta circunstancia atenuante. Quizá se supone que la madre sabía que su conducta iba a tener ese resultado... Pero, lo que nos llama la atención es el contraste entre la relativa exculpación en el primer caso y la ausencia total de ésta en el segundo.” (Fernández, Fernández, y Orts, 1998, pp. 90–91)

Cuando se presupone pasión el delito deja de ser peligroso socialmente, porque la pasión se supone individual –difícilmente sostenible en esta pasión en concreto, si pensamos que afecta a un porcentaje más que significativo de la población masculina–. La propiedad, como las leyendas sobre avaros demuestran, no es sólo una condición jurídica sino también una emoción. De ahí que cuando el hombre se da cuenta que aquello que le ha sido regalado o vendido posee una autonomía personal más allá de la que permite ir de compras y recoger a los niños sin molestarlo, se sienta ofuscado. El hombre al que

se le da en propiedad una mujer difícilmente puede hacer otra cosa que consumirla y si no funciona arreglarla a golpes, que es como se arreglan todos los enseres domésticos cuando se descomponen.

Supuestamente estamos liberadas porque podemos trabajar, porque entonces podemos gastar el salario como queramos: mmm... en bebida y hombres obviamente no, mejor en cosas para la casa, para los niños, para estar guapa... justamente el problema está en lo que queremos. Este discurso del trabajo liberador ha hecho hablar de la mujer de los noventa, y del nuevo hombre sensible y cooperativo, pero esto no ha hecho una nueva mujer sino una mujer que hace lo mismo que los hombres (con los valores, repertorios y emociones correspondientes) y además hace lo de las mujeres... Lejos de incomodar esta situación se vive con orgullo, con sentimientos de independencia y libertad, se vive como individuo que ha elegido hacer esas cosas y que se siente orgullosa de ser mujer³⁴. Como en un anuncio de compresas Ausonia en el cual una mujer a ritmo de la canción "I like to be a woman" explica que le gusta ser mujer "pero" que tiene la regla, aunque eso no la afecta, debido a las

³⁴ Una de las discusiones más apasionantes que se pueda tener con un grupo de estudiantes de primero de psicología –en un noventa por ciento mujeres– se genera cuando se les pregunta por el por qué de la elección de su carrera. Realmente son asombrosos los esfuerzos que realizan, primero argumentando luego descalificando, con tal de preservar la voluntad individual de cada una, convencidas de estar allá independientemente de cualquier tipo de restricción de orden sociológico, como por ejemplo el género.

compresas que usa. Que por enfático y por afirmación de lo negativo deja muy claro que es un rollo ser mujer realmente, pero que se ha de vivir con una sonrisa en la cara, con un cuerpo Danone, con ropa de Mango y con ritmo de vida de ejecutivo de Wall Street.

Siguiendo literalmente a Marc Préjean³⁵ hay al menos ocho puntos por los cuáles podemos decir que las relaciones entre hombres y mujeres son aún relaciones de control –que además están casi intactas de tanto suponer que nos hemos liberado ya–, aunque podrían ser más:

³⁵ “En un gran número de sociedades occidentales, las transformaciones, para hacerlas igualitarias, de algunas disposiciones del código civil referentes al matrimonio y a la unión de hecho, hacen que en estos casos no se pueda hablar formalmente de una apropiación privada de una mujer por parte de un hombre. Además, y paralelamente, la entrada continua y permanente de mujeres en el mercado de trabajo refuerza la disolución de esta relación de apropiación, siempre y cuando las mujeres dispongan libremente de su salario. Establecidos estos hechos recientes ¿podemos concluir que ha habido una transformación de las relaciones de clases de sexo, puede que hasta una disolución de estas clases? Un gran número de indicios sugieren que no. De hecho, en *conjunto*, las relaciones sociopolíticas entre los hombres y las mujeres casi no han cambiado –cosa fácil de percibir si uno no se deja deslumbrar por los discursos y las imágenes del ‘nuevo hombre’ y la ‘mujer actual’– y, en consecuencia, nos hacen sentir, con todo su peso, las tradiciones patriarcales. Incluso cuando en algunos aspectos las condiciones sociales y políticas de los sexos se transforman, cosa que nunca han dejado de hacer, asistimos a la emergencia de prácticas tendientes a reproducir la relación colectiva de apropiación y de control de una clase de sexo por el otro.” (Préjean, 1994, p. 168)

- a) diferencias de salarios entre sexos (eso cuando hay trabajo, porque aquí la diferencia es además en cifras de paro);
- b) feminización de las actividades menos remuneradas;
- c) la mujer como la responsable en las familias monoparentales, con pensiones que los hombres no pagan. El juez, a petición de la interesada por supuesto³⁶, la designa como la principal encargada de la custodia de los niños, tarea de la que uno no se puede librar con la misma facilidad que la de pagar una pensión.
- d) tasas de pobreza y paro en su mayoría formados por mujeres;
- e) las tareas domésticas, tanto de educación de los hijos como del hogar, las hacen las mujeres y mayoritariamente siguen sin pagarse aunque se ha dicho que se reconoce su utilidad social;
- f) relaciones de violencia, tanto las sutiles como las de muerte y maltratos corporales que se 'viven' como normales y ordinarios³⁷.

³⁶ Que el machismo sea un mal común significa que pertenece a los dos géneros, es decir a la división de la sociedad en géneros.

³⁷ En un programa de televisión reciente, un hombre provoca la hilaridad del público al amenazar de muerte a su mujer si esta lo engañaba, lo cuál fue tomado por una "afectuosa" prueba de amor. Un

- g) el control de los procesos de reproducción humana con métodos contraceptivos duros, dañinos para la mujer como la píldora, la esterilización o la ligadura de trompas que pueden provocar cáncer o muertes prematuras por accidente etc.; las técnicas asociadas al control de la gestación como las ecografías, fecundación in vitro, que facilitan que sean los cuerpos de las mujeres los que se encarguen de dicha gestación.

- h) el control de la apariencia de la mujer perpetuado por técnicas de transformación de los cuerpos (gimnasios, cirugías o regímenes) que acarrearán algún grado de sufrimiento.

A fuerza de decirlo y oírlo estamos completamente convencidas que si nuestra pareja nos maltrata no quiere hacerlo de verdad sólo lo hace porque nos quiere y si lo hacemos bien, todo cambiará muy pronto, también creemos que no tenemos la misma fuerza física y que no trabajamos igual ni necesitamos el mismo éxito ni reconocimiento ni pago por el trabajo que hacemos, de hecho no tendríamos ni que trabajar como predica, según el titular del periódico La Vanguardia del 19 de marzo, el Obispo de Valencia en su solución para el paro: "...el problema del reparto de trabajo no se puede separar de la relación varón y mujer y no

fallo judicial reciente afirma que 12 puñaladas a la mujer del acusado no prueban su intencionalidad (ya se sabe a dónde nos lleva el discurso sobre la pasión). La violación de una joven no tiene tanta importancia porque la violada no era virgen, etc.

es un debate de subsidios y pensiones, sino una interpelación a nuestro estilo de vivir. Lejos de introducir dinámicas de luchas y revanchas entre sexos, es necesario introducir la lógica del amor familiar en el seno de las actividades económicas” ... “... Por ello el trabajo que trata con personas debería ser el más valorado de la sociedad y el modelo de la madre que dedica toda su persona al crecimiento de sus hijos es el modelo de perfecta sociedad.”

Todos los sentimientos de impotencia y desigualdad se viven simplemente como el ‘ser mujer’... Mientras que en el hombre la emoción es un estado temporal de desviación de la normalidad que debe regresar a su estado habitual (racional) rápidamente, o en caso contrario ser tratado en alguna institución mental, en la mujer la emoción se ha construido como el Ser. De manera que la impotencia vivida por un hombre debe llevarlo a superar su situación, es un reto en el que se juega su masculinidad, si se deja llevar no es hombre. En cambio este mismo sentimiento en la mujer sólo forma parte de su ser. Su forma de ser en el mundo incluye la impotencia como una parte importante de su relación con las otras personas y con las cosas. La mujer debe entender que ni los objetos ni las personas, sobre todo las masculinas aunque se trate de niños, van a doblegarse a su voluntad. Por lo tanto la mujer va a parar en una institución mental, no cuando se deja llevar por sus emociones, sino cuando no lo hace. Éste es el caso de innumerables mujeres que en este mismo siglo han acabado encerradas por sus propietarios (padres o maridos) cuando se han mostrado poco interesadas en mantenerse dentro de su rol.

En el caso del embarazo queda muy claro que la custodia es temporal y que después los niños son de sus papás aunque tengan que cuidarlo las mamás. Nada, que si fueran los hombres los que ovularan y parieran ya habrían inventado algo para desaparecer la regla, no se harían tantas episiotomías ni habría instinto maternal, ni se tendrían que aguantar las contracciones seguro. Pero lejos de sentirnos incómodas y enfadadas con ello asumimos los instintos maternales, a tu alrededor la gente insiste en que debes estar contenta aunque estés hecha polvo y destrozada. Se supone que estás más hermosa y que todo el mundo lo nota y ya lo sabía, lo de tu embarazo, antes de que se lo contaras y aunque no lo supieras ni tú. Debes sentirte completamente emocional, sensible, con ganas de llorar y después del parto deprimida, porque es 'normal', y no porque sea todo un trabajo corporal, ni social, ni de transformación –total sólo te cambia la vida entera– sino porque te cambian las hormonas, aunque todo el mundo sabe que hay maneras y maneras de llevar las hormonas, según las condiciones. Además resulta que después de todo eso debes de querer a tu hijo, enseguida, de la nada, como si la relación con una panza fuera igual que con un trozo de carne... y todo el mundo te dice que el bebé es precioso aunque todos ya sabemos que son horribles, el objetivo es que te sientas orgullosa y contenta y 'emocionada' de manera que encuentres una compensación a todo lo que has hecho... La emoción de la maternidad es de obligado cumplimiento, debe surgirse, y si no, debes sentirte culpable y buscar ayuda. Lo equivalente en el hombre sería como mínimo decir que el servicio militar lo realiza como persona. El hombre agradece al Estado la oportunidad que le confiere de convertirse en un hombre a través del paso por una serie de pruebas que incluyen altas dosis de sufrimiento y

peligro. La mujer agradece a la Naturaleza, con quien mantiene mejores relaciones que con el Estado, la oportunidad que le ha dado de ser madre a pesar del sufrimiento y el peligro. En este caso la emoción es un regalo envenenado puesto que debe ser disfrutado obligatoriamente, sin que haya lugar a excusas de ningún tipo. La insumisión en este caso conlleva la retirada del carnet de mujer de verdad.

Todo esto realza y mitifica el poder del cuerpo de las mujeres para crear y dar vida como una manera propia y emocional de ser simplemente un ser humano³⁸. Pero deja sin cuestionar que la desigualdad existente y

³⁸ Hay un punto de vista dentro de las corrientes feministas en teoría política en las que se ha desarrollado un planteamiento crítico con la filosofía moral moderna. Se basan principalmente en críticas desde el feminismo a conceptos modernos de individuo y a una ética racional y universal basada en la defensa de la igualdad y la libertad. No es que el feminismo no defienda estos valores sino que lo que desde este planteamiento se cuestiona es la idea de sujeto abstracto y generalizado móvil de la modernidad en el que se apoya. Se reivindica el valor olvidado del cuidado como complemento a la ética de la justicia. Las características básicas de la ética del cuidado son: 1) El añadir un enfoque particularizado al enfoque abstracto y general de la ética de la justicia. 2) Nos dice que la racionalidad debe mezclarse con la emotividad. 3) No se limita a concebir la ley sino que le interesa su aplicación situacional. 4) Es una ética relacional. Más que el deber, lo que importa es la relación con las personas. Se hace una crítica al otro generalizado como base de la moral contemporánea, se ha llamado la ética del cuidado. Dentro del propio feminismo este planteamiento ha generado discusiones y debates que cuestionan el efecto esencializador de una ética del cuidado en tanto que puede esencializar unas supuestas características femeninas centradas en el cuidado y la afectividad. Lectura que podría reificar las diferencias entre los sexos más que

los sistemas de diferenciación constante y de jerarquización entre hombres y mujeres se ocultan tras una aparente complementareidad y simple 'diferencia' entre los sexos que no tiene porque ser así, sino que se ha hecho así y que hemos construido de manera totalmente contingente por pura conveniencia. Entonces o la igualdad pasa por asumir el modelo masculino (la competencia, pasar encima de los otros, "primar la institución a las personas", la agresividad, la insensibilidad, la rigidez, la programación en contra de la espontaneidad y la improvisación, la objetividad y la frialdad) o se reifica una supuesta femineidad que ha sido construida a conveniencia y espejo de una masculinidad dominante, y cuya creación y poder de vida han sido alabados precisamente por los hombres... como dice Préjean (1994) no hay una igualdad entre dos experiencias y entre dos subjetividades originales y autónomas. Por ello la alternativa no puede ser pensar que tiene que instaurarse el dominio de lo femenino sino que cualquier transformación tiene que comenzar a dejar de pensar en dos sexos, porque mantener la estructura en dos sexos cuando han sido construidos así para que uno sirva, mantenga y reproduzca al otro, es reconocer que todas las prácticas de uno de ellos perpetuará lo otro... De lo contrario estaríamos presuponiendo que hay una esencia masculina y/o femenina que pueden rescatarse de sus deformaciones y usos perversos por manos equivocadas.

cuestionar las diferencias de poder. (Benhabig, 1990; Di Stefano, 1996; Jaggar, 1996; Izquierdo, 1998)

¿Cómo es posible que a pesar de que existen las condiciones materiales suficientes para la igualdad entre los sexos (ya sin hablar de las diferencias entre clases sociales, culturas, etc.) se siga construyendo el deseo por ejemplo y así todas las formas de relación entre hombres y mujeres, como relaciones de dominación y sometimiento? Todas las fantasías eróticas confesables e inconfesables pasan por aquí. El deseo no es tan misterioso como pretenden algunos, pero sí a menudo poco políticamente correcto. Eso lo convierte en inconfesable pero no en misterioso. Como comentan Wendy Maltz y Suzie Boss en su libro sobre las fantasías sexuales de las mujeres, muchas de éstas son crueles y extremadamente machistas hasta el punto de avergonzar a sus víctimas o claramente hacerlas sentir culpables³⁹.

³⁹“Estoy sola en algo parecido a una fortaleza, con unas pesadas cortinas que tapan toda la luz del sol. Mientras froto mi cuerpo con aceite y me visto con unas sutiles ropas que dejan al descubierto mis pechos, suena el teléfono. Es mi novio que me dice, con voz ronca, que esté preparada. Vuelve a casa y trae a un amigo. Cuando los dos hombres llegan, les sirvo unas bebidas en una bandeja de plata. El invitado me empuja sobre su regazo y empieza a golpear y a estrujar mis pechos y a buscar por debajo de mi falda para acariciarme. Puedo notar cómo su pene se endurece. ‘Eh, ¿está caliente?’ pregunta mi novio a su amigo. ‘La muy zorra me deja hacerle lo que quiera’. Cuando oigo esto sé que he hecho bien mi trabajo. Los dos hombres quieren tener sexo violento conmigo, uno tras otro, y me llevan al orgasmo sintiendo una indescriptible mezcla de humillación y placer.”

“Imagino a una niña cuando empiezan a desarrollársele los pechos. Vive en una granja en el campo y a menudo está sola. Un día llega a